

**Mark Twain**

**RELATOS**

**El Arca de Noe**

**El arca de Noé inspeccionada  
En un puerto alemán**

Nadie puede negar que son muy notables los progresos realizados en el arte de la construcción naval desde los tiempos en que Noé puso a flote su modesta arca. Las leyes de la navegación acaso no existían o no eran aplicadas en todo su rigor. Pero actualmente las tenemos tan sabiamente combinadas que a la vista parecen pentagramas musicales. El pobre patriarca, Noé, no podría hacer hoy lo que tan fácil le fue hacer entonces, pues la experiencia, maestra de la vida, nos ha enseñado que es necesario preocuparse por la seguridad de las personas dispuestas a cruzar los mares y para eso están las leyes. Si Noé quisiera salir del puerto de Bremen, las autoridades le negarían el permiso correspondiente. Los inspectores pondrían toda clase de reparos a su embarcación. Ya sabe el lector lo que es Alemania. Pero ¿pueden imaginar en todos sus pormenores el diálogo establecido entre el patriarca naval y las autoridades? Llega el inspector, vestido irreprochablemente con su prolijo y vistoso uniforme militar, y todos se sienten sobrecogidos de respeto a la vista de la majestad que brilla en su persona. Es un perfecto caballero, de una finura exquisita, pero tan inmutable, tan inconvencible como la propia estrella polar, siempre que se trata del cumplimiento de sus deberes oficiales.

Comenzaría por preguntarle a Noé el nombre del lugar de su nacimiento, su edad, la religión o secta a que perteneciera, la suma de sus rentas o beneficios, su profesión o ejercicio habitual, su posición en la escala social, el número de sus esposas, de sus hijos y de sus criados y el sexo y edad de hijos y criados. Si el patriarca no tuviera pasaporte, se le obligaría a recabar

todos los papeles necesarios. Hecho esto – antes no – el inspector visitaría el arca...

-¿Longitud?

-Doscientos metros.

-¿Altura de la línea de flotación?

-Veintidós metros.

-¿Longitud de los baos?

-Dieciocho a veinte.

-¿Material de construcción?

-Madera.

-¿Qué tipo de madera?, especifíquese.

-Cedro y acacia.

-¿Pintura y barniz?

-Alquitrán por dentro y por fuera.

-¿Pasajeros?

-Ocho.

-¿Sexo?

-Cuatro hombres y cuatro mujeres.

-¿Edad?

-La más joven tiene cien años.

-¿Y el jefe de la expedición?

-Seiscientos.

-Por lo que veo, va usted a Chicago. Hará usted negocio en la Exposición.

Ahora dígame el nombre del médico de a bordo.

-¿Médico? No llevamos médico.

-Hay que llevar médico, y también un empresario de pompas fúnebres.

Son requisitos indispensables. Especialmente cuando hay personas de cierta edad. No pueden aventurarse en un viaje como éste sin grandes precauciones. ¿Tripulantes?

-Las ocho personas mencionadas.

-¿Las mismas ocho personas?

-Sí, señor.

-¿Contando a las mujeres?

- Sí, señor.

-¿Han prestado ya sus servicios en la marina mercante?

-No, señor.

-¿Y los hombres?

-Tampoco.

-¿Quién de ustedes tiene experiencia en la navegación?

-Ninguno.

-¿Qué tareas tienen ustedes?

-Somos agricultores y ganaderos.

-Como el buque no es de vapor, necesita por lo menos una tripulación de 800 hombres. Hay que procurárselos urgentemente. Es necesario tener también cuatro asistentes y nueve cocineros. ¿Quién es el capitán?

-Servidor de usted.

-Se necesita un capitán. Y se necesita por lo menos una camarera, y ocho enfermeras para los ocho ancianos. ¿Quién ha hecho el proyecto y especificaciones del buque?

-Yo.

-¿Es su primer ensayo?

-Sí, señor.

-Ya lo suponía. ¿Qué cargamentos lleva usted?

-Animales.

-¿De qué especie?

-De todas.

-¿Son animales domésticos?

-Casi todos son animales es estado salvaje.

-¿Exóticos o del país?

-Principalmente exóticos.

-Enumere usted alguno de los animales más notables que se propone llevar en su viaje.

-Megaterios, elefantes, rinocerontes, leones, tigres, lobos, serpientes; en una palabra llevo animales de todo el mundo, de todos los climas. Una pareja de cada especie.

-¿Las jaulas están fuertemente construidas?

-No hay jaulas.

-Necesita usted proveerse de jaulas de hierro. ¿Quién es el encargado de dar alimentos y agua a las fieras?

-Nosotros.

-¿Los ocho ancianos?

-Sí, señor.

-Es peligroso para las fieras, y sobre todo para los ancianos. Deben tener empleados competentes, de mucha fuerza y habituados a este trabajo.

¿Cantidad de animales?

-Grandes, siete mil. Contados todos, grandes, medianos y pequeños... noventa y ocho mil.

-Necesita usted mil doscientos empleados. ¿Qué métodos de ventilación ha adoptado usted? Y diga antes, ¿cuántas ventanas y puertas tiene la embarcación?

-Dos ventanas.

-¿En dónde están?

-Junto al alero.

-¿Y un túnel de doscientos metros cuenta sólo con dos simples respiraderos? ¡Imposible permitir esto! Hay que abrir más ventanas y hay

que instalar el alumbrado eléctrico. No se puede permitir la salida sin que esta embarcación lleve por lo menos una docena de luces de arco y mil quinientas lámparas incandescentes. ¿Número de bombas?

-No tenemos bombas.

-Debe usted comprar bombas. ¿De dónde saca usted el agua para las personas y para los animales?

-Bajamos cubos por las ventanas.

-Eso no se puede aceptar. ¿Fuerza motriz?

-¿Fuerza...qué?

-Fuerza motriz. Ponga usted atención: ¿cómo echa usted a andar el barco?

-Yo no empleo fuerza alguna. Anda solo.

-Necesita usted, o bien velas, o bien vapor. ¿Timón?

-No hay timón.

-¿Cómo gobierna usted la embarcación?

-No la gobernamos.

-Necesita usted instalar todo lo relativo al timón. ¿Anclas?

-No tenemos.

-Si no lleva usted seis anclas, no se le permitirá zarpar. Seis por lo menos.

¿Lanchas de salvamento?

-No hay.

-Anote usted veinticinco. ¿Salvavidas?

-Ninguno.

-Anote usted dos mil. ¿Cuánto tiempo va a durar la travesía?

-Un año más o menos.

-Me parece larga. Con todo llegará usted a tiempo para la Exposición.

¿Qué lámina ha empleado usted para el casco?

-No hay láminas.

-Pero, hombre de Dios, la bruma va a perforar el barco y antes de un mes no será barco sino criba. Está usted destinado irremediabilmente a habitar los profundos abismos del Océano: si no se pone un buen refuerzo metálico al casco no saldrá usted. Y olvidaba hacerle a usted una advertencia. Chicago está en el interior del continente, y este buque no puede llegar hasta allá.

-¿Chicago? ¿Pero qué es eso de Chicago? Yo no voy a ese lugar.

-¿De veras? Pero entonces no comprendo el objeto de llevar tantos animales a bordo.

-Son animales de reproducción.

-¿No son suficientes los que hay en el mundo?

-Lo son para el estado actual de la civilización; pero como los otros animales van a quedar ahogados por el diluvio, éstos servirán para asegurar la perpetuación de sus especies.

-¿Diluvio dice usted?

-Sí, señor. Un diluvio.

-¿Tiene usted la seguridad?

-Total y absoluta. Lloverá durante cuarenta días con sus noches.

-¿Y eso le tiene a usted preocupado? Aquí llueve hasta ochenta días con sus noches.

-Pero no se trata de un lluvia como cualquiera. La que va a venir cubrirá las cumbres de las más altas montañas y desaparecerá la superficie de la tierra.

-Si es como usted dice – le hago a usted una advertencia oficiosa - , no queda a su elección el vapor o la vela: tiene usted que proveerse de máquinas de vapor, pues no podrá usted llevar agua por once o doce meses. Además necesita usted una potente destiladora.

-Ya dije que echaré cubos por las dos ventanas. Con eso nos arreglaremos.

-¡Vaya una simpleza! Antes de que el diluvio haya cubierto las más altas montañas, toda el agua dulce se habrá convertido en salmuera por efecto del agua de mar. Necesitara usted una máquina de vapor para destilar el agua. Es evidente que éste es el primer paso que da usted en el arte de la construcción naval.

-Es verdad; no había hecho ningún tipo de estudios especiales, y he procedido sin conocimiento de las nociones mínimas.

-Considerando las cosas desde ese punto de vista especial, me parece muy notable su obra. Yo juraría que jamás se ha botado al agua una embarcación de carácter tan extraordinario.

-Agradezco mucho los elogios con que usted se sirve favorecerme. El recuerdo de su visita será imperecedero. Mil gracias. Adiós, señor.

¡Inútil es que digas adiós, anciano y venerable patriarca! Bajo el exterior afectuoso y cortés de ese inspector alemán, se oculta una inmutable voluntad de hierro. Yo te juro, viejo y venerable patriarca, que el inspector no autorizará nunca tu partida.

## **LA DIFTERIA Y EL MATRIMONIO MC WILLIAMS**

los hechos que siguen  
me fueron relatados  
por el señor Mc. Williams,  
caballero muy fino de  
Nueva Cork, a quien conocí  
casualmente durante un viaje.

-Ahora – me dijo – volvamos al punto inicial de mi relato, que tuvo por objeto explicar el terror de las madres al ver la ciudad asolada por aquella enfermedad terrible e incurable llamada crup membranoso. Yo le dije a mi esposa que era necesario tener bastantes precauciones en lo relativo a la salud de la pequeña Penélope. Hablé así:

- Querida mía, ¿no sería mejor que la niña no chupe ese trozo de pino? Yo en tu lugar, lo prohibiría.

- Pero, amor mío, ¿qué mal hay en ello? – contestó mi esposa.

Verdad es que en el momento de hablar así, ya ella retiraba el desdichado trozo de pino para que no lo chupara la pequeña Penélope. Sin embargo, las mujeres no pueden aceptar la indicación más racional sin decir algo en contra. Me refiero, en particular, a las mujeres casadas.

Yo repliqué:

-Vida mía, es sabido que el pino figura entre las maderas menos alimenticias que puede digerir una criatura.

El movimiento de mi esposa se detuvo, y en vez de tomar el pedazo de madera que tenía la niña, volvió la mano al regazo. Hizo un esfuerzo visible para contenerse y habló así:

-Humberto, lo sabes mejor que yo. Y sabes que lo sabes. Todos los médicos aconsejan que la trementina contenida en la madera de pino es buena para la espina dorsal y para los riñones.

-¡Ya veo! Pues yo estaba en un error. Ignoraba que la niña estuviera enferma de los riñones y de la espina, y que el médico hubiera recomendado...

-¿Pero quién dice que la niña está enferma de la espina y de los riñones?

-Amor mío, tus palabras lo dicen.

-¡Vaya una ocurrencia! Yo no he dicho nada que pueda hacer pensar eso.

-Pero, amada mía, hace dos minutos dijiste...

-¡Y dale con que lo dije! Dejemos lo que dije y no dije. No hay nada malo en que la niña chupe madera de pino, si quiere hacerlo; y tú lo sabes bien, perfectamente bien. La chupará, sí, la chupará. ¡Vamos!

-Es bastante, Carolina. Me hago perfecto cargo de la fuerza de tu razonamiento. Hoy mismo pediré dos o tres troncos de la mejor madera de pino. No quiero que mi hija tenga un deseo y no pueda...

-¿Quisieras ser tan bondadoso como para salir en este mismo instante hacia tu oficina, para que yo pueda tener un momento de tranquilidad? Nadie es dueño de hacer en esta casa la menor observación sin que te pongas a discutir, y a discutir, y a discutir, hasta que llega un momento en que no sabes lo que dices, como no lo sabes jamás, y mucho menos ahora.

-Muy bien. Será como lo dices. Pero en esta última observación hay tal falta de lógica, que...

-Antes de que yo acabara mi frase, ella salió como una furia, llevando a la niña. Por la noche, a la hora de la cena, mi esposa estaba pálida como la cera.

-¡Otro más! Jorgito Gordon ha sido atacado.

-¿Crup membranoso?

-¡Crup membranoso!

-¿Y hay esperanzas?

-Ninguna. ¿Qué va a ser de nosotros?

En seguida llegó la niñera con Penélope para que ésta nos diera las buenas noches, y para que dijera las acostumbradas oraciones en el regazo de la madre. A la mitad de una frase Penélope tosió ligeramente. Mi esposa se echó hacia atrás como fulminada por el rayo, pero no tardó un segundo en incorporarse, y entró en esa actividad típica de ella que inspira el terror.

Mandó que la camita de la niña fuese llevada a nuestra habitación, y ella misma inspeccionó la ejecución de sus órdenes. Por supuesto, quiso que yo la acompañara. Todo se arregló en pocos minutos. A la niñera se le puso un catre en el gabinete de mi esposa. Pero no bien habíamos acabado nuestros arreglos, pensó que estábamos muy lejos del otro pequeño. ¡Y qué sería de nosotros si le atacaban los síntomas a medianoche! ¡Nadie lo escucharía! Volvió a ponerse pálida como una hoja de papel.

Llevamos nuevamente la camita de la niña y el catre de la niñera al cuarto de los pequeños, y se nos preparó una cama para nosotros en la habitación contigua.

De pronto mi esposa dijo:

-¿Y si el pequeño se contagia de Penélope?

Este pensamiento llevó el pánico a su corazón, y la tribu de los que trabajábamos en la mudanza no acertaba a proceder con suficiente rapidez en el nuevo traslado de la camita para calmar la angustia de mi querida esposa. Es verdad que ella nos ayudó personalmente, y que la camita quedó hecha pedazos por los tirones y estrujones que le dio en su afán de hacer todo rápido.

Nos mudamos al piso de abajo, pero allí no había lugar para la niñera, y mi esposa creyó que no podíamos prescindir de la experta cooperación que aquella podía darnos. Fue necesario volver a nuestra alcoba, con camas y todo lo que se había bajado. Cuando entramos, sentimos el alivio del pájaro que descansa en su nido después de haber sido arrastrado durante la noche por la tormenta.

Mi esposa se dirigió a la alcoba de los niños para ver como iban las cosas. Volvió al instante con una nueva preocupación.

-¿Cuál será el motivo para que el niño duerma así?

Yo conteste:

-Pero, Carolina ya sabes que el niño duerme como si fuera un muñequito.

-Lo sé. Lo sé. Pero ese sueño tiene algo muy especial. Me parece que... me parece que... respira con tanta regularidad. ¡Eso es horrible!

-Pero, si siempre respira con regularidad.

-Lo sé también. Pero es cosa que da miedo. Esta niñera carece de experiencia. Es muy joven. María debería acompañarla por si algo se le ofrece.

-Está bien. Pero si se va la doncella, ¿quien te ayudará a ti?

-Tú. Tú podrás ayudarme. Yo no permitiré que alguien sino yo tome a su cargo el cuidado de Penélope.

Me parecía una bajeza acostarme, dejando que ella trabajase toda la noche en el cuidado de la pequeña enferma. Pero ella me persuadió, y María partió para instalarse como en años pasados cuando la teníamos al cuidado de los niños...

Penélope tosió dos veces durante el primer sueño.

-¿Por qué no vendrá ese médico? Oye, me parece que la habitación está muy caliente. Sí; está muy caliente. Baja a la sala. Corre la placa de la estufa. ¡Pronto!

Torcí la llave, mientras examinaba el termómetro, pues no me parecía que aquella temperatura fuese excesiva para una niña enferma, pero...

El cochero llegó con la noticia de que el médico estaba en cama y que no podía salir a causa de un resfriado. Mi esposa me miró con ojos de moribunda, y dijo con voz desmayada, que parecía un gemido:

-¡La Providencia! Estaba escrito. Ese hombre jamás se ha enfermado. ¡Jamás! Nuestra vida no ha sido ejemplar, Humberto. No lo ha sido. Ya lo ves: Dios nos castiga. Yo te lo he dicho muchas veces. Esta niña no sanará. Lo sé. Da gracias a Dios si puedes perdonarte tu culpa; pero yo no me la perdono a mí misma.

Sin el menor propósito de ofenderla, pero con palabras elegidas al azar, dije que no encontraba que fuéramos culpables de exceso de frivolidad.

-¿Te propones atraer la cólera del cielo sobre el niño también?

Rompió a llorar pero secó sus lagrimas para decir:

-¡El doctor debió haber enviado medicinas!

Yo dije:

-Sí. Aquí están. Esperaba una ocasión para dártelas.

-¡Una ocasión! Pero tonto, ¿ignoras que los minutos son preciosos? Y ese hombre, ¿para qué prescribe medicinas, cuando sabe que la enfermedad es incurable?

Yo manifesté que mientras haya vida no se debe renunciar a la esperanza.

-¡Esperanza! Tus palabras tienen tanto sentido como las de un niño que no ha salido aun del vientre de su madre. Si quisieras... Mira, aquí se prescribe una cucharadita cada hora. ¡Una cada hora! Parece que hay un año disponible para dar medicinas a esta pobre criatura. ¡Pronto, hombre,

pronto! Dale a esta pequeña agonizante una cucharada de las de sopa, y espábilate que hay que darle durante toda la noche.

-Pero, querida mía, una cucharada podría tal vez...

-¡Por Dios te ruego que no me saques de quicio!... Sí, sí, mi tesoro; sí, está muy feo, pero es muy bueno para Nelita; muy bueno para el encanto de su mamá. Con esto sanará Nelita. Así, así, pon la cabecita en el pecho de tu mami, y a dormir, a dormir pronto. Bien sé que no amanecerá. Una cucharada cada media hora podría... Y esta niña necesita belladona. Sí, lo sé. Necesita belladona. Y acónito. Hay que pedir esto. Mejor, déjame a mi. Tú no sabes nada de enfermedades.

Nos metimos en la cama, colocando a la niña cerca de la almohada de la mamá. El torbellino me tenía agotado, y a los cinco minutos había caído en el más profundo de los sueños. Mi esposa me despertó asustándome.

-Dime, Humberto, ¿está abierta la estufa?

-No.

-Ya lo suponía. Ábrela. Este cuarto es una heladera.

Me levanté, bajé, di vuelta a la llave, me acosté y volví a quedar dormido. Se me despertó una vez más.

-Amor mío, ¿querrías pasar la camita de la niña de tu lado? Allí estará más cerca de la estufa.

Pasé la camita. Pero al hacerlo, tropecé con la alfombra, y la niña despertó. Mientras mi esposa arrullaba a la pequeña, yo volví a quedar sumido en un profundo sueño. Apenas había cerrado los ojos oí unas palabras que parecían llegar de un mundo lejano:

-Oye, Humberto, yo creo que sería bueno tener un poco de grasa de ganso ¿Querrías llamar?

Me levanté con los ojos cerrados, y sin saber bien lo que hacía. En el camino tropecé con el gato, y él respondió con una protesta a la que yo quise replicar con un puntapié; pero éste fue recibido por una silla.

-¿A que fin viene que enciendas la luz? Vas a despertar a Penélope.

-Quiero luz, Carolina, para ver lo que tengo en este pie.

-Muy bien. Y de paso verás como ha quedado la silla. Yo creo que la silla estará peor que tú. ¡Pobre gato! Suponte que...

-No; yo no supongo nada respecto del gato. Lo que supongo es que si María estuviera aquí, ella haría estas cosas mejor que yo, que no son de mi especialidad, sino más bien de la suya.

-¿Y no te avergüenza decir eso? Es una pena que no seas capaz de hacer dos o tres operaciones insignificantes, que sólo te pido por las terribles circunstancias en que estamos, y porque nuestra niña...

-¡Vamos! ¡Basta! que yo hago todo lo que sea necesario. Lo único de que no soy capaz es de tocar la campanilla. Eso no. ¿Voy a despertar a todo el mundo? Dime en donde está la grasa de ganso.

-Está en la repisa de la chimenea de los niños. Ve y llama a María...

Volví a dormirme después de haber llevado la famosa grasa de ganso. Pero una vez más se me despertó.

-Querido, me apena mucho mortificarte. Lo hago contra mi voluntad, pero para aplicar esto se necesita calor, y no lo hay. ¿Querrías encender la estufa? No se necesita sino frotar una cerilla.

Me levanté, encendí el fuego y me senté, poseído del más amargo desconsuelo y del más tremendo sueño.

-¿Pero no comprendes que vas a resfriarte allí? Ven, acuéstate.

Me dirigí hacia el lecho. En el camino una voz me detuvo:

-¿Vas a acostarte sin dar la poción a la niña?

Se la di. La niña despertó. Mi esposa aprovechó la ocasión para aplicar a la niña una frotación con la grasa de ganso. El sueño volvió a pesar sobre mis párpados. La voz me despertó otra vez:

-¿No sientes una corriente de aire? Yo la percibo muy claramente. No hay nada tan malo para estas enfermedades como una corriente de aire. Coloca la camita de la niña frente al fuego.

Lo hice. Por segunda vez hubo un choque, y el tapete o una colcha cayó sobre el fuego. Mi esposa se asustó y saltando de la cama, impidió la catástrofe. Hubo una discusión relativa a la culpabilidad. Después, un cortísimo intervalo de sueño fue interrumpido, a fin de que el interpelado, es decir yo, me levantara y aplicara al pecho de la niña una cataplasma de linaza, que el mismo interpelado fabricó. El apósito quedó en su sitio para que operara los efectos curativos que de él se esperaban.

Como todos saben el fuego de una estufa no está destinado a durar eternamente, necesita combustible y atención. Por eso cada veinte minutos tenía que levantarme para alimentar la hoguera y avivarla. Esto daba a mi esposa la oportunidad de acortar cada vez más los intervalos de la poción, con grandísima satisfacción para Carolina, pues así podían ganarse diez minutos entre cucharada y cucharada. Entretanto, se me ocupaba en calentar la cataplasma, en aplicar sinapismos y en hacer cuantas flictenas era posible sobre los espacios del cuerpo de la niña, que permitían una maniobra terapéutica externa. A la madrugada, como era de suponer, encontré que la provisión de combustible se había agotado. Fue necesario bajar al depósito y traer más, naturalmente, por atento ruego de mi querida esposa.

Yo hice este razonamiento antes de emprender la expedición:

-Encanto mío, la faena es en extremo cansadora y me parece inútil, pues la niña está perfectamente abrigada con mantas de sobra. Podríamos ponerle también dos cataplasmas sobre las que ya tiene, y...

No concluí la frase por haberseme interrumpido. Bajé, llevé leña, encendí el fuego y empecé a roncar como saben hacerlo todos aquellos a quienes agobia el cansancio y que tienen el alma tan fatigada como el cuerpo. Me bañaba la luz del día cuando sentí que me sacudían por un hombro. Lo

primero que vi fueron los ojos dilatados de mi esposa y su boca abierta que no acertaba a articular palabra. Cuando pudo mover la lengua, dijo:

-¡Se acabó! ¡Se acabó! ¡La niña está transpirando! ¿Qué haremos?

-Te agradezco por el susto. No sé lo que debemos hacer. Quizá lo indicado será martirizarla con otras fricciones y ponerla en la corriente del aire.

-¡Tonto! ¡No hay momento que perder! Urge llamar al médico. Ve tú en persona. Y dile que venga, debe venir vivo o muerto.

Era imperativo. Saqué de su cama al pobre médico, y lo llevé a mi casa. Miró a la niña, y dijo que no estaba moribunda ni por asomo. Esto fue para mí un torrente de alegría. Para mi mujer, las palabras del médico eran todo lo contrario, y la indignaron como si fuera una ofensa personal. La tos de la niña era causada por una simple irritación de la garganta. Yo creí que mi esposa iba a levantar el dedo y a mostrar la puerta para que el autor del ultraje saliera de la casa. El médico dijo que iba a provocar una expectoración, para poder remover el obstáculo. Prescribió una sustancia que produjo un acceso de tos, y con ella salió un fragmento de madera.

-Esta niña no tiene crup membranoso – dijo -, de eso doy fe. Lo que pasa es que ha chupado algún pedacito de madera y se trago una astilla. Pero la cosa no tiene importancia.

-Así lo creo – contesté-. Además, como ese objeto tiene trementina, la madera puede servir para ciertas enfermedades propias de la infancia. Mi esposa puede decírselo a usted.

Ella no dijo nada. Salió desdeñosamente. El episodio es de los que nadie menciona. Y mucho menos yo. Pero la corriente de nuestros días sigue un cauce de invariable serenidad...

## **LA TEMPESTAD Y EL MATRIMONIO MC WILLIAMS**

-Sí, señor Twain – dijo el señor Mc Williams -, no hay enfermedad comparable con el pánico que causa el rayo. Pero esta enfermedad, como otras muchas de las que afligen a la desdichada especie humana de que formamos parte, hace sus estragos principalmente entre las filas del sexo femenino. No es difícil ver a un perro atacado por el miedo a la electricidad atmosférica, y hasta los hombres se sienten, no pocas veces, terriblemente azotados por la funesta enfermedad a que me refiero; pero las mujeres son

presa habitual. ¡Y de qué manera! Yo he visto mujeres, la mía, por ejemplo, capaces de luchar ventajosamente contra el mismo diablo – mujeres a quienes no intimida el encuentro de un ratón-, que caen, sin embargo, atontadas cuando oyen el estruendo de una nube tempestuosa. No las censuremos y dejémoslas que ejerciten su terror. Compadezcámoslas, señor Twain.

Como les estaba diciendo, al despertar oí un gemido... Oí una voz; era una voz distante, ahogada, que salía de regiones ignotas de mi sueño.

-¡Humberto! ¡Humberto!

¿Quién me llamaba? Ya despierto pregunté dudando:

-¿Eres tú, Carolina? ¿Qué pasa? ¿En dónde estás?

-Aquí.

-¿Dónde? No entiendo.

-En el cuarto. En el cuarto de los zapatos. ¿No te da vergüenza quedarte dormido con este temporal?

-Pero ¿cómo podía darme vergüenza estando dormido? Carolina, tu lógica se debilita.

-No deseas comprender, Humberto. Lo sabes.

Oí un sollozo ahogado.

Ese sollozo impidió que saliera de mis labios una frase burlona.

Enternecido, dije:

-Lamento infinitamente, querida mía; lamento lo que pasa. No tenía la intención... Ven a mi lado.

-¡Humberto!

-Dime, querida.

-Pero, ¿estás todavía en la cama?

-Por supuesto. ¿En dónde puedo estar mejor que en esta cama?

-Sal de ella ahora. Ya que no te preocupa la conservación de tu propia vida, piensa, al menos, en la mía y en la de tus hijos.

-Pero, amor mío, dime, ¿cuál es el acto criminal del que estoy acusado?

-Es inútil que intentes ignorarlo. Sabes muy bien que el lugar más peligroso durante la tempestad es la cama. Lo dicen todos los libros de Física. Y te quedas en esa maldita cama, sin otra razón que el deseo de pelear conmigo.

-¿Quién dice que estoy en la cama? No estoy en la cama. Con trescientos de...

Un repentino resplandor interrumpió mis palabras. Siguió el ruido atronador del rayo. Entre el relámpago y la voz colérica del cielo, se oyó un grito de espanto de mi querida esposa.

-¡Ya vez el resultado! ¡Humberto, Humberto! No comprendo tu insensatez, ¡Lanzar juramentos es este instante solemne!...

-Yo no he lanzado juramentos. Y, en todo caso, yo no soy creador del trueno. Es cosa independiente de que hable yo o de que quede callado

como un muro. Sabes, Carolina, o debieras saberlo, que cuando la electricidad atmosférica...

-Sí; razona, piensa, razona. ¡Tienes una calma insoportable! Yo no la comprendo. Ves que en toda la casa no hay un solo pararrayos, y que toda tu desdichada familia está absolutamente en manos de la Providencia...

¿Qué haces? ¿Es una cerilla? ¡Estás loco de atar!

-¿Qué mal hay en que yo encienda un fósforo? Esta alcoba es una boca de lobo.

-Apaga; apaga ese fósforo al instante. ¿Quieres sacrificarnos a todos? Ese fósforo es el elemento ideal para atraer el...

Rrrr... Crac... Pum... Pum... Pum... Puuum...

-¿Escuchas? Es el resultado de tu temeridad.

-No niego la posibilidad, por remota que sea, de que un fósforo atraiga el rayo, pero no puedo afirmar que sea la causa del rayo. Y apuesto lo que quieras. Además, ¿qué va a atraer, ni qué ocho cuartos? Si, efectivamente, el rayo fue dirigido contra mi fósforo, la tempestad tiene una puntería fabulosa: no acierta en un millón de disparos. Ningún circo la contrataría.

-Ten, al menos, el pudor de tu impiedad. Estamos en la majestuosa presencia de la muerte. ¿No piensas en el más allá?... ¡Humberto!

-¿Qué hay?

-¿Has rezado?

-Pensé hacerlo; pero me distraje por ver si sabía de memoria cuántas son doce por trece. Después...

Psssst... Pum...Purum... Puuum... Puuuuum... Chassss...

-¡Estamos perdidos! ¡Estamos perdidos sin remedio! ¿Cómo has sido capaz de cometer ese descuido? ¡Y en un momento como éste!

-Cuando yo me acosté, el momento no era solemne. El cielo estaba diáfano. ¿Y quién puede imaginar que todo el estruendo de esta noche es resultado de un olvido inocente? No me parece justo tu enojo, sobre todo, tratándose de cosas que pasan cada mil años. Te juro que no había dejado de rezar desde aquel día en que fui causa del terremoto, y eso pasó hace mucho tiempo.

-Tienes un modo de hablar... ¿Ya olvidaste lo de la fiebre amarilla?

-Escucha, Carolina, y deja ya eso de la fiebre amarilla, pues me parece una locura. Sabes bien que ni los telegramas llegan aquí a Tennessee, ¿e iba a llegar la acción de mi indigna impiedad? Admito lo del terremoto, puesto que yo estaba en el teatro de los acontecimientos; pero que me ahorquen si tengo culpa en esa condenada fie...

Pum... Purumpum... Pum pum... Puuum...

-¿Te das cuenta, Humberto? Estoy segura de que ha caído en alguna parte... ¡Humberto, Humberto! No veremos la luz del día mañana... Y ya recordarás después que tu lenguaje impío... ¡Humberto!

-Bueno. ¿Qué quieres?

-Ya oigo tu voz. Juraría que estás enfrente de la chimenea.  
-Justamente, ése es el crimen que acabo de cometer. ¿Algún problema?  
-Apártate de allí. ¡Pronto! Tienes la resolución de causar nuestra muerte. ¿Ignoras que el mejor conductor del rayo es el tubo de una chimenea? ¿En dónde estás?  
-Junto al cuadro del “Hijo Pródigo”.  
-¡Por Dios, Humberto! ¿Quieres asesinarme? Aléjate. Hasta un niño de pecho sabe el peligro a que se expone situándose junto a una ventana cuando hay tempestad. Este es nuestro último día, Humberto. Dime.  
-¿Qué he de decir?  
-¿Qué movimiento es ése?  
-No hay movimiento.  
-¿Qué haces?  
-Me pongo el pantalón, querida.  
-¡Arrójalo lejos de ti! ¡No pierdas tiempo! ¿A quién se le ocurre vestirse con una tempestad como ésta? Y, sin embargo, no puedes alegar ignorancia pues todas las autoridades científicas dicen que las telas de lana atraen el rayo. No bastan las causas naturales del peligro. Todavía te empeñas en hacer cuanto es humanamente posible para empeorar la situación. ¡No cantes, por Dios, no cantes! ¿En qué estás pensando?  
-No veo la maldad que puedo cometer con mis pobres notas.  
-¿No la ves? Pues, si no han sido cien veces, habrán sido diez mil las que te he dicho que el canto origina vibraciones en la atmósfera; que estas vibraciones desvían la corriente eléctrica, y que... ¿Abres la puerta?  
-Sí; la abro. ¿Por qué? ¿Otro atentado contra la paz pública?  
-No, es un acto muy inocente. Es más, el asesinato es inocente. Basta haber abierto el compendio más vulgar para saber que las corrientes de aire son una invitación directa a la descarga de la electricidad atmosférica. Y dejas una abertura. Cierra bien. Apúrate, antes de que nos caiga un rayo. ¡Qué horror habrá comparable al de vivir con un loco de atar! ¿Qué haces?  
-Nada.  
-¿Nada?  
-Lo equivalente a nada. Doy vuelta a la llave del agua. ¿Quién resiste este calor? ¡Todo está tan cerrado! Voy a lavarme la cara para ver si así puedo respirar.  
-Has perdido la cabeza. ¡Dios santo! ¡Te compadezco! Sabes que de cincuenta rayos, cuarenta y nueve caen sobre el agua. ¡Cierra esa llave! No hay salvación... ¡No hay salvación! ¿Qué pasa?  
-Este condenado, mil veces condenado. Nada, nada. Es un cuadro que se vino abajo.  
-¡Estás cerca del muro! Jamás he visto una imprudencia como la tuya. ¿Sabes que los muros son buenos conductores de la electricidad? ¡Lo sabes, claro que lo sabes! ¡Apártate, apártate, por Dios! No jures, te lo ruego.

¿Cómo puedes ser tan cruel viendo a toda tu desdichada familia en este peligro inminente? Estoy segura de que no pediste aquella colcha de la que te hablé.

-Había olvidado tu insistente recomendación.

-¡Olvidado! Puede costarte la vida. Si hubieras traído esa colcha gruesa, podrías tenerla en medio de la alcoba y acostarte sobre ella. Eso te protegería. Ven, ven al instante; ven antes de que puedas cometer otra locura de efectos desastrosos.

Pretendí entrar en la habitación de los zapatos pero ¿íbamos a estar allí los dos, con la puerta cerrada, sin ahogarnos dentro de aquel pequeño infierno? Teníamos a nuestra disposición dos metros cúbicos de aire, cantidad tan pequeña, que se iniciaron los síntomas de asfixia en los dos habitantes de la “cueva”. Yo salí pero mi esposa me llamó.

-¡Humberto! – me dijo -, es necesario cubrir tu seguridad. Dame ese libro alemán que está sobre la repisa de la chimenea. Trae también una lámpara. No la enciendas. Yo lo haré aquí, donde no hay peligro de atraer rayos. Ese libro contiene algunas instrucciones.

Busqué el libro sin otro inconveniente que la destrucción de un vaso y de algunos objetos del mismo tamaño y de mayor fragilidad. Mi esposa encendió la lámpara y se absorbió en la lectura sin incriminarme nada. Pocos minutos después llamaba a su esposo:

-Ven, Humberto. ¿Quieres decirme lo que ocurre?

-No soy yo; es el gato.

-¡El gato! Había olvidado ese peligro. Atrápalo y enciérralo en la cómoda del lavamanos. ¡Pronto, amor mío! Los gatos son animales saturados de electricidad. Tengo la seguridad de que al despuntar la aurora, mis cabellos estarán más blancos que la nieve. Eso se entiende si sobrevivimos a la catástrofe, por supuesto.

Oí nuevamente los ahogados sollozos de la mártir. Su pesar me impulsó a una tentativa que no habría iniciado por propia y deliberada voluntad. A pesar de las tinieblas, salvando cuantos obstáculos se me interponían – todos ellos más o menos duros y limitados por cortantes aristas - , me apoderé del felino, que había buscado refugio bajo la misma cómoda que iba a ser su cárcel. El valor de las pérdidas no pasó de cuatrocientos dólares, pues fueron pocos los objetos destruidos durante la peligrosa caza, aunque algunos de ellos eran de cierto valor. Entre las pérdidas no se computa, por supuesto, la piel de mis dos espinillas.

Los sollozos de la piecita empezaron a hablar.

-Dice el libro que lo más seguro es ponerse sobre una silla, en medio de la estancia amenazada por la tempestad eléctrica. Además hay que colocar las patas de la silla sobre cuatro cuerpos no conductores. Yo te aconsejo que traigas cuatro vasos.

Psssst... Pum... Pum... Purum... Puuum.

-¿Estás oyendo? ¡Rápido, Humberto, antes de que tu cabeza atraiga el rayo!

Busqué los vasos. Logré llevar los cuatro últimos, después de la infalible caída del aparador. Aislé concienzudamente la silla, y pedí nuevas instrucciones.

-Voy a traducir el texto alemán – dijo la voz de la pieza-. “Durante la tempestad es necesario tener cerca... metales... esto quiere decir... anillos, conservar relojes, llaves... y no se debe jamás... no estar en lugares en donde haya metales o cuerpos que estén unidos unos a otros, como estufas, parrillas, rejas...” ¿Qué significa esto, Humberto? No sé si debe uno conservar los metales o alejarse de ellos... La negación. Sí; es una negación... No; son dos negaciones...

-Yo no puedo decir con toda seguridad. Hay un poco de confusión. El alemán es siempre más o menos oscuro. Sin embargo, creo que debe entenderse ligado a, unido a, relacionado con... Hay que fijarse en el dativo y no confundir el genitivo con el acusativo. Yo creo que hay que tener todos los metales cerca.

-Sí; debe ser así. Y salta a la vista. Es el principio de los pararrayos. ¿Comprendes? Cúbrete con tu casco metálico de bombero voluntario.

Nada más metálico, en efecto, y por lo tanto, nada más pesado, más estorbador, más incómodo que mi elegante casco de bombero, sobre todo en una noche de verano y en un cuarto cerrado. El calor era tal que la ropa de dormir me parecía una armadura.

-Humberto, no basta con proteger sólo la cabeza. Hay que resguardar también el cuerpo. ¿Tendrías la bondad de ceñir tu sable de guardia nacional?

Obedecí.

-Humberto, ¿has pensado en los pies? Ponte las espuelas.

-Oye lo que sigue, Humberto... “Es muy peligroso, no se debe... no hay que abstenerse de repicar... durante la tempestad... las campanas... la corriente de aire... la altura del campanario... de la campana que puede atraer el rayo”. ¿Esto quiere decir que es peligroso no repicar las campanas durante la tempestad?

-El sentido es evidente, siempre que el participio pasado, como me parece indudable, se relacione directamente con el sujeto... La altura del campanario y la falta de movimiento en las capas de la atmósfera, hacen muy riesgoso no repicar durante la tempestad. ¿No ves que la expresión...?

-Sí; conforme. Pero no perdamos el tiempo. Ve y trae la campana grande. Yo la vi en la sala. Pronto, Humberto, y piensa que esto puede ser nuestra salvación.

Nuestra quinta está en la cumbre de una colina y domina todo el valle. Las granjas de los alrededores son muy numerosas, y la más próxima se encuentra a un tiro de escopeta. No habrían transcurrido aún cinco minutos

desde que comencé la tarea de tañir aquella maldita campana, cuando sentí que saltaban hechas mil pedazos las persianas de la habitación. Un vivo fulgor penetró por las aberturas. A la vez, decía la voz de un hombre que llevaba una linterna sorda:

-¿Pero qué diablos está sucediendo aquí?

Junto al hombre de la pregunta había otros muchos hombres. Los ojos de todos ellos miraban con asombro mi desnudez guerrera.

Yo dejé caer la campana y salté de la silla, avergonzado y confuso.

-No es cosa de mucha importancia, amigos míos. Lo que yo hago está indicado en las obras científicas para conjurar el peligro de la tempestad.

-¿De la tempestad?

-De la tempestad.

-¿Está usted en su juicio, señor Mc Williams? No hay una sola nube en el cielo. Asómese usted para que pueda ver las estrellas.

Me asomé, en efecto, y fue tal mi sorpresa que no acertaba a articular una sola palabra.

-No entiendo – dije - . Aquí hemos oído el rugir del trueno y hemos visto el fulgor de los relámpagos.

Todos los presentes cayeron por tierra, muertos de risa. Dos fallecieron en el acto por no soportarlo. Uno de los supervivientes, dijo:

-Si usted hubiera corrido las cortinas y abierto las persianas, amigo Mc Williams, habría visto que se disparaba un cañón y que teníamos una iluminación de fuegos de Bengala. Acaba de recibirse el telegrama de la elección. Garfield es el nuevo presidente.

## **GEORGE WASHINGTON, SU INFANCIA Y MI ACORDEÓN**

Soy hombre ordenado, y voy a proceder ordenadamente como corresponde a alguien como yo. Esta narración se refiere en primer lugar a George Washington, “el hombre que jamás mintió”, y en segundo lugar, a las personas que son verdugos del prójimo por creerse dotadas de genio musical.

La anécdota de George Washington es incomparable; pero comencemos por las consideraciones musicales que servirán de introducción a la mencionada anécdota del niño Washington, “incapaz de mentir”.

Imaginemos que un vecino de mi lector tiene, como mi vecino, el capricho de violar la sagrada calma nocturna con los bufidos de un trombón. ¿Qué hará el lector? De seguro considerará un deber la resignación cristiana, y un privilegio de su exquisita naturaleza compadecer al desdichado individuo cuyos instintos buscan distracción en esa discordancia. Yo no he sido siempre de apacible condición, como ahora, y,

si hoy me siento colmado de benevolencia para los malvados que por afición destrozan el tímpano de sus desdichados vecinos, esto se debe a una tristísima experiencia personal que fue consecuencia de ese mismo instinto de que hablo, desarrollado en mí sin que la voluntad tomara parte en ello. Así es como el infiel de la vereda de enfrente, ese infeliz que “aprende” a tocar el trombón y cuya lentitud en el adelanto llega casi a los confines del milagro, reanuda noche a noche sus disonantes ejercicios, sin que yo lo maldiga, pues, antes bien, lo compadezco tiernamente desde el fondo de mi corazón. Hace diez años, el mismo crimen hubiera sido castigado ferozmente, pues yo habría incendiado la casa del malviviente sin dudarle. Yo era entonces víctima de un aprendiz de violinista, y puedo llamar inconcebibles los sufrimientos que me infligió aquel hombre durante las dos o tres semanas que sufrí su intolerable vecindad. El lector podrá imaginar de lo que hablo. El mal no consistía en que el infante tocara siempre *Old Dan Tucker* y que no aprendiera otra cosa, sino en que lo hacía tan mal, que yo rabiaba invariablemente si estaba despierto o tenía una terrible pesadilla si estaba dormido. Con todo, sufrí valientemente la prueba y me abstuve de todo acto de violencia, pero un día aquel desalmado proyectó un nuevo crimen. Su intento de tocar *Home, Sweet Home* fue superior a mi resistencia, y procedí a la ejecución de la venganza que hacía largo tiempo tenía en mente: incendié su morada.

Poco después me atacó otro criminal: un miserable clarinetista. Sólo tocaba la escala. A éste también le dejé campo libre mientras siguió por la vía que se había trazado para mi genio. Pero llegó el momento fatal de las innovaciones; pretendió tocar una tonada lúgubre, y yo sentí que la luz de la razón me abandonaba en el potro de aquella refinada tortura. Impulsado por un arrebató irrefrenable, consumé el acto de justicia.

Pasaron dos años, y en ese tiempo he tenido que apelar a las vías ejecutivas contra un cornetista, un buglista y un fagotista. No fue esto lo único que viví durante los dos años de que hablo. También se interpuso en el camino un bárbaro que creía estar dotado de las facultades excelsas del genio para tocar los timbales.

Si en aquel tiempo el trombonista de hoy hubiera vivido cerca de mí, habría conocido los efectos mortales de mi cólera. Pero, como he dicho, lo abandono a su suerte, y si perece, que sea por obra de su propia maldad. Mi experiencia como aficionado, es tal, que siento piedad por todos los que, como yo en un tiempo, tienen la desdicha de caer en las tentaciones de las melomanías. Yo entiendo que cada uno de nosotros lleva en las fibras ocultas de su ser una inclinación invencible para algún instrumento musical; está fuera de lo humano resistir a la tentación de aprender a tocar ese instrumento; tarde o temprano hay que cultivar la ingrata tierra de la monomanía. ¡Piensen un instante, ustedes los que despiertan enfurecidos cuando una mano incierta procura cruzar las cuerdas de un violín,

agotándose en tentativas inútiles y desmoralizadoras! ¡Tarde o temprano llegará el momento en que ustedes también, hombres intolerantes, serán intolerables! Hablan con ligera ferocidad contra aquél que los ha despertado de un sueño delicioso, llenando el ambiente nocturno con los espantos de una nota peculiarmente diabólica; pero al considerar que todos los hombres somos hermanos en el destino de una común miseria; veréis la injusticia de su indignación.

El maniático del trombón es algo más que un prójimo para mí: es un desventurado que exterioriza su desdicha. Tiene momentos de inspiración, no se puede negar. Yo lo sé, lo siento cuando uno de los bramidos de su instrumento levanta mi cabeza de las almohadas, y me obliga a sentarme sobre el lecho, trémulo, cubierto de un sudor frío. Mi primer pensamiento es el del terremoto; pero al sentir que la tierra está inmóvil, y al pensar que hay trombones en su ancha superficie, me asalta la idea del suicidio, y sin quererlo, pienso en el sueño inalterable de la tumba. Un instinto que asoma en mi corazón, dirige mi mano hacia el lugar en donde están los fósforos productores del incendio con que he castigado a los trastornadores de mi sueño. ¿Pero voy a incendiar la casa del trombonista? No. Eso sería una impiedad. La Providencia traza caminos misteriosos, y el hombre del trombón es víctima de su destino. Pienso que sufre y que su pena no tiene remedio. ¿Voy a envolverlo en las llamas de un incendio punitivo?

Yo me creía inmunizado de la locura funesta a cuyo impulso nos proclamamos músicos, desafiando la manifiesta voluntad de Dios, que nos manda aserrar madera o hacer otra cosa útil y permitida por las leyes. Pero he aquí que un día fui víctima del instrumento llamado acordeón. Hoy lo aborrezco fervientemente, tanto como el que más; pero entonces sentí, sin saber cómo, una adoración idolátrica y malvada por sus melodías. Compré un acordeón colosal, y aprendí a tocar *Auld Lang Syne*. Hoy, que puedo reflexionar fríamente, creo que sólo por inspiración pude haber elegido aquella tonada, que es la más horrible y descorazonada de cuantas pueden salir de la caja de un acordeón. ¿Quién me la indicó entre las sombras de mi total ignorancia? No creo posible que haya en todo el universo una canción comparable con aquélla en lo que se refiere al poder de difundir la desesperación en la especie humana. Mi corta carrera musical ha sido por esto insuperable.

Llevaba seis u ocho días ejecutando *Auld Lang Syne*, cuando tuve el pensamiento vanidoso de introducir arreglos en la melodía original, y al instante la adorné con arabescos y variaciones. Mi genio inventivo produjo un resultado instantáneo. Éste consistió en la presencia de la patrona en mi habitación. La expresión de su rostro era de notoria oposición a mis tentativas creadoras.

-Señor Twain, ¿conoce usted otra melodía? – me preguntó.

-No conozco otra, señora – contesté suave y conciliador.

-En tal caso entonces, tóquela usted tal como es, y absténgase de variaciones, pues los huéspedes ya tienen bastante con su interpretación de la composición original.

Sí; ya tenían bastante. Ya tenían demasiado los pobres. La mitad de la pensión quedó vacía, y la otra mitad habría quedado lo mismo si la señora Jones no me hubiera puesto rápidamente en la calle.

Sólo pasé una noche en la casa de la señora Smith, porque a la mañana siguiente, la patrona se me presentó para decir:

-Puede usted marcharse a la hora que quiera. Por mí, ya está usted bajando las escaleras. He tenido otro como usted. Era un pobre loco que tocaba el banjo, bailaba y hacía saltar los cristales con el ruido de su música. Usted no me dejó cerrar los ojos en toda la noche, y creo que si se repite la experiencia, vengo y le rompo el acordeón en la cabeza.

Por lo visto, la señora Smith no era muy aficionada a la música. Me mudé entonces a la casa de la señora Brown.

Durante tres noches consecutivas, mis vecinos disfrutaron de *Auld Lang Syne*, genuino e inadulterado, salvo algunas discordancias, que, a mi entender, fueron favorables para el efecto de la interpretación. Sin embargo, los huéspedes se mantuvieron relativamente tranquilos. Pero no bien hube intentado las variaciones, se produjo el motín. Era evidente: la opinión unánime era adversa a las variaciones. Había logrado cuanto podía ambicionar en la esfera del arte, y dejé aquella casa sin pesar. En efecto, uno de los huéspedes perdió la razón, y otro intentó arrancarle el cuero cabelludo a su propia madre. Yo estaba perfectamente convencido de que a la siguiente audición, el parricidio se habría consumado. Y no lo podía permitir.

Fui entonces a vivir a la casa de la señora Murphy, una estimable italiana. La primera vez que toqué las variaciones, un anciano pálido, abatido, de faz cadavérica, entró en mi cuarto, y se quedó mirándome, con el rostro iluminado por una expresión de innegable dicha. Puso la mano sobre mi cabeza, y miró hacia arriba, con la actitud ceremoniosa del creyente. Después me habló, y yo sentí que sus palabras llegaban a mi oído, entrecortadas y temblorosas por la emoción que embargaba al buen anciano.

- Joven – me dijo -. Dios lo bendiga. Dios lo bendiga, como yo lo bendigo a usted. Lo que usted ha hecho sobrepasa a cuanto yo pudiera decir para alabarlo. Desde hace muchos años sufro una enfermedad incurable. He luchado en vano para resignarme con mi suerte. El amor a la vida se sobreponía en mí a todos los consejos de la razón y de fe. Usted es mi benefactor. El cielo se lo premie. Desde que oí tocar sus variaciones, ha entrado en mí la persuasión de que la vida es indigna de nuestro amor. Ya no quiero vivir... No sólo estoy resignado a la muerte, sino que la quiero y la espero con anhelo.

El anciano se arrojó a mis brazos, y derramó abundantes lágrimas de felicidad. Yo estaba sorprendido; pero, a pesar del asombro que me causaban las palabras y el llanto del anciano, el orgullo embargaba mi pecho. ¡Qué había logrado! Cuando el anciano llegó al umbral de la puerta, yo le despedí con una de mis variaciones más hirientes. El se dobló como partido al medio. Cayó en el lecho del dolor, y no lo abandonó sino cuando lo sacaron en una caja metálica. Mi acordeón lo había curado definitivamente.

Todo pasa, y la pasión que yo sentía se extinguió al tiempo. Un día me encontré sano, libre para siempre de la influencia maligna del acordeón. Mientras fui músico, yo no era un hombre, sino una calamidad, a quien acompañaban la desolación y la miseria. Sembraba la discordia en las familias, turbaba el espíritu de las personas joviales, desesperaba a los nostálgicos, apresuraba la muerte de los enfermos, y creo que levantaba la paz de las tumbas. Fui causa de incalculables dolores, e infligí sufrimientos indecibles con mi execrable música. Como compensación, sólo fui autor de un acto caritativo: el de llevar la resignación al pecho de aquel anciano.

Otro de los beneficios que me produjo el acordeón, fue el de no pagar en las casas de huéspedes, pues las patronas se avenían a toda clase de conciliaciones por la satisfacción de verme partir con el instrumento debajo del brazo.

Creo que lo anterior habrá llenado uno de los dos objetos que me propuse al tomar la pluma, pues ahora que mis lectores saben la verdadera naturaleza del mal melódico, perdonarán a cuantos infelices perturban el sueño de sus vecinos para cultivar el genio de que se sienten dotados.

El otro de esta narración era referir la anécdota fabulosa del niño George Washington, incapaz de mentir. Me proponía, en efecto, hablar de aquel cerezo o manzano – en realidad no recuerdo –, aunque ayer me lo refirieron a mí... La parte relativa a la música ha sido tan larga, que ya no es posible hablar del niño Washington. Entre otras cosas, porque olvidé la historia.

Pero juro a los lectores que era conmovedor.

## **EL VENDEDOR DE ECOS**

¡Triste y desdichado caminante! Su actitud humilde, su triste mirada, su ropa, de buena tela y buen corte, pero hecha jirones – último resto de un antiguo esplendor -, conmovieron aquella cuerda, solitaria y perdida, que llevo en lo más profundo de mi corazón, vacío ahora. Vi la valija que el forastero tenía bajo el brazo y me dije:

-¡Contempla, alma mía! ¡Has caído una vez más en las garras de un viajante de comercio!

¿Cómo liberarme de él? ¡Vano intento! ¿Quién se libra de alguno de ellos? Todos tienen un no sé qué, algo misterioso que interesa a quien lo escucha.

No me di cuenta de su entrada; recuerdo sólo el momento en que me había convertido en todo oídos, todo simpatía para escuchar las palabras del hombre de la valija.

Su narración comenzaba así:

-Era yo muy niño, ¡ay!, cuando quedé huérfano de padre y madre. Mi tío Ituriel era bueno y afectuoso. En él encontré un tierno y amoroso apoyo. Era el único pariente que yo contaba en esta inmensa soledad de mi infancia. Mi tío poseía bienes de fortuna y disponía de ellos generosamente. No sólo me educó, sino que además satisfizo todos mis deseos, o por lo menos, me proporcionó los goces que pueden comprarse con el dinero.

Finalizados mis estudios, partí para hacer un viaje al extranjero. Iba acompañado de un secretario y de un ayuda de cámara. Durante cuatro años, mi alma sensible fue una mariposa que revoloteó por los jardines maravillosos de las playas lejanas. ¿Me perdonará usted el empleo de esta metafórica expresión? Soy un hombre que siempre ha hablado el lenguaje de la poesía. En este momento me siento más libre para hablar así, porque en sus ojos adivino una chispa de fuego divino. Viajando por los países lejanos, mis labios probaron la *ambrosía* encantadora que nace del alma, el pensamiento y el corazón. Pero lo que, sobre todo, me interesó, lo que atrapó el amor que mi naturaleza brinda a lo bello, fue la costumbre que tiene los potentados de coleccionar objetos elegantes y exóticos. Y así fue como en un acto de locura funesta sugerí a mi querido tío Ituriel la idea de que se dedicara al exquisito pasatiempo del coleccionista.

Le escribí una carta en la que citaba la colección de caracolas formada por un caballero, y otra de pipas de espuma marina. Refería mi visita a un *nahab* que tenía millares de autógrafos indescifrables, de esos que adora un espíritu naturalmente dispuesto a las cosas nobles. Y gradualmente mi correspondencia fue de un interés cada vez mayor, pues no había carta en que no se mencionase las chinas únicas, los millones de estampillas, los zuecos de campesinos de todos los países, los botones de hueso, las navajas de afeitar... Tardé poco en darme cuenta de que mis narraciones habían dado los frutos que yo esperaba de ellas. Ya que mi tío empezó a buscar un objeto digno de interés para un coleccionista. Usted sabe, sin duda, la rapidez con que se desarrolla un gusto de este género. El de mi tío no fue gusto; fue furor, antes de que yo tuviese perfecto conocimiento de los avances de aquella pasión dominadora. Supe que mi tío no se ocupaba ya en su gran establecimiento para la compra y venta de cerdos. Pocos meses después se retiraba definitivamente de los negocios, no para descansar, no para recibir el premio de sus esfuerzos, sino para consagrarse, con una rabia delirante, a la busca de objetos curiosos dignos de ser coleccionados.

He dicho que mi tío era rico; pero debo agregar que era enormemente rico. Así puso toda su fortuna al servicio de la nueva afición que lo devoraba. Comenzó por coleccionar cencerros. En su casa, que era inmensa, había cinco salas llenas de cencerros. Se diría que en aquella colección había modelos de todos los cencerros del mundo. Sólo faltaba uno, ejemplar antiquísimo, propiedad de otro coleccionista. Mi tío hizo ofertas enormes por ese precioso cencerro; pero su rival no quiso desprenderse de su sonoro tesoro. Ya sabe usted la consecuencia de esto. Para un coleccionista, una colección incompleta es una colección eternamente nula. El verdadero coleccionista la desprecia; su noble corazón se despedaza; pero, así y todo, en un día vende lo que ha reunido en veinte años. ¿Para qué conservar algo que es una causa de tortura? Entonces, el coleccionista prefiero volver si mente hacia un campo de actividad virgen aún.

Esa fue la decisión que tomó mi tío cuando vio que era imposible adquirir el cencerro último. Coleccionó ladrillos. Formó un lote colosal, del interés más palpitante. Pero volvió a presentarse el mismo problema y volvió a romperse el corazón del gran hombre. Un día vendió su colección al afortunado bolsista que, después de retirarse de los negocios, tuvo la suerte de conseguir el ladrillo único, el que sólo existía en su museo. Mi tío probó entonces las hachas de sílex y otros objetos de la época del hombre prehistórico; pero casualmente descubrió que la misma “fábrica” de antigüedades proveía a otros coleccionistas hachas idénticas. ¿Qué hacer? Se refugió entonces en las inscripciones aztecas y en las ballenas disecadas. ¡Raros entretenimientos! Nuevo fracaso, después de fatigas y gastos increíbles. Cuando su colección parecía perfecta, llegó de Groenlandia una ballena disecada, y a la vez se recibió de la América Central una inscripción que dejaba reducidas a cero todas sus anteriores adquisiciones. Mi tío hizo esfuerzos denodados para quedarse con la ballena y también con la inscripción. Consiguió, al fin, adquirir la ballena; pero otro aficionado se adueñó de la inscripción. Sepa el lector que un auténtico jeroglífico azteca es de tal valor, que si alguien llega a adquirirlo, antes sacrificará su familia que perder semejante tesoro. Mi tío vendió las inscripciones, inútiles por falta de la inscripción definitiva. Su encanto se había desvanecido. En una sola noche, el cabello de aquel hombre que era negro como el carbón, quedó más blanco que la nieve.

Mi tío reflexionó. No resistiría un nuevo desengaño. Resolvió entonces tomar como objeto de interés algo que nadie coleccionaría. Pesó cuidadosamente los pro y los contra de la decisión que iba a tomar, y una vez más bajó a la arena para luchar con desnudo. Se había propuesto iniciar una colección de ecos.

- ¿De qué? – pregunté.

-De ecos, señor; de ecos. Primero compró un eco de Georgia. Era un eco de cuatro voces muy bonito. Después compró uno de seis en Maryland.

Hecho esto, tuvo la suerte de encontrar uno de trece repeticiones en Maine. En Tennessee le vendieron, muy barato, uno de catorce, y se lo vendieron así de económico porque necesitaba reparaciones, pues una parte de la roca de reflexión estaba partida y se había caído. Supuso que, mediante algunos miles de dólares, podría volver a armar la roca y elevarla para aumentar su poder de repetición. Desgraciadamente, el arquitecto no había reparado jamás un solo eco, y en vez de perfeccionar al de mi tío, lo echó a perder completamente. Antes de que comenzara el trabajo, el eco hablaba más que una suegra; después de la “reparación” podía confundírsele con una escuela de sordomudos. Sin embargo mi tío no se desanimó y compró un lote de ecos de dos golpes, diseminados en varios Estados y territorios de la Unión. Obtuvo un descuento del 20 por ciento, en atención a que compraba todo el lote. La fortuna empezó a sonreírle, pues encontró un eco que era un cañón Krupp. Estaba situado en el Oregón, y le costó una fortuna. Usted sabrá, sin duda, que en el mercado de ecos, la escala de valores es acumulativa, como la escala de quilates de los diamantes. Las expresiones son casi las mismas en uno y otro comercio. El eco de un quilate vale diez dólares más que el terreno en el que está ubicado. Un eco de dos quilates o dos voces, vale treinta dólares, más el precio del terreno; un eco de cinco quilates vale novecientos cincuenta dólares, uno de diez, trece mil dólares. El eco que mi tío tenía en el Oregón, bautizado por él con el nombre de “Eco Pitt”, porque competía con el célebre orador, era una joya de veintidós quilates, y le costó ciento dieciséis mil dólares. El terreno salió libre, porque estaba a cuarenta millas de todo lugar habitado.

Yo entretanto seguía andando por un sendero de rosas. Era el afortunado pretendiente de la única y hermosísima hija de un lord inglés, y estaba locamente enamorado de ella. En la grata presencia de esta belleza mi existencia era un océano de ventura. La familia me recibía bien, pues sabían que yo sería el único heredero de mi tío Ituriel, cuya fortuna superaba los cinco millones de dólares. Por otro lado, todos ignorábamos que mi tío se hubiese hecho coleccionista, o por lo menos. Lo creíamos poseído de una afición inofensiva, nacida del deseo de descubrir las emociones del arte.

Pero sobre mi inocente cabeza se acumulaban las nubes tempestuosas de la suerte adversa. Un eco sublime, conocido después en el mundo con el nombre del Kohinoor o “Montaña de la Repetición Múltiple”, acababa de ser descubierto por los exploradores. ¡Era una piedra preciosa de sesenta y cinco quilates! Parece sencillo decirlo. Pronunciaba usted una palabra, y si no había tempestad, oía usted esa palabra durante quince minutos seguidos. Pero aguarde usted.

A la vez surgió otro hecho dramático. ¡Había un rival! Ciertamente el coleccionista se levantaba frente a mi tío, en actitud inquietante. Ambos se precipitaron para concluir aquel negocio único. La propiedad se componía

de dos colinas, con un valle poco profundo que las separaba. Quiso la suerte que los dos compradores llegaran simultáneamente a aquella región remota del Estado de Nueva York. Mi tío ignoraba la existencia y las intenciones de su enemigo. Para mayor desgracia, el eco pertenecía a dos propietarios: el señor Williamson Bolívar Jarvis poseía la colina oriental, y la otra estaba situada en un terreno del señor Harbison J. Bledso. La línea divisoria pasaba por la cañada intermedia. Mi tío compró la colina de Jarvis por tres millones doscientos ochenta y cinco mil dólares, pero en el mismo instante, su rival compraba la colina de Bledso por una suma algo superior.

No le será a usted muy difícil hacerse cargo de lo que vendría luego. La mejor y más admirable colección de ecos se había truncado para siempre, segmentado como estaba el rey de los ecos del universo. Ninguno de los dos coleccionistas quiso dar el brazo a torcer, y ninguno de los dos consideraba de valor la parte de eco que había adquirido. Se profesaron desde entonces un odio cordial; disputaron; hubo amenazas por una y otra parte. Al fin, el coleccionista enemigo, con una maldad que sólo es imaginable en un coleccionista, y eso cuando quiere dañar a su hermano en aficiones, empezó a demoler la colina que acababa de comprar.

Quería todo el eco para sí, por eso nada dejaría en manos del enemigo. Quitando su colina y llevándosela, el eco de mi tío quedaría sin eco, cosa que lo desvalorizaba notablemente. Mi tío pretendió oponerse. El malvado repuso:

-Soy propietario de la mitad del eco, y me da la gana suprimirla. Usted es dueño de la otra mitad, y puede hacer con ella lo que le convenga.

La oposición de mi tío fue llevada ante un tribunal. La parte contraria apeló ante un tribunal de orden superior. De allí pasó el asunto a un tercer tribunal, y así sucesivamente hasta llegar a la Corte Suprema de los Estados Unidos. Esto no logró clarificar el negocio. Dos de los magistrados del Tribunal Supremo dictaminaron que un eco es inmueble, pues no se le puede separar del terreno a que se halla adherido. Los miembros que no eran de uno u otro parecer, opinaron que un eco no constituye propiedad mueble o inmueble, y que no se le puede hacer objeto lícito de un contrato.

La resolución final del tribunal dejó establecido como verdad legal que el eco es propiedad y las colinas también; que los dos coleccionistas eran propietarios, distintos e independientes, cada uno de la colina que había adquirido, pero que el eco es una propiedad invisible, por lo que el demandado tenía pleno derecho para la demolición de su colina, puesto que le pertenecía en plena propiedad, si bien debía pagar una indemnización calculada sobre la base de tres millones por los daños que pudieran resultar a la parte de eco perteneciente al demandante. En el mismo fallo se prevenía a mi tío que no podía hacer uso de la colina de la parte contraria para la reflexión de su eco sin el consentimiento del interesado. Si el eco de mi tío no funcionaba, el tribunal lo lamentaba mucho, pero no podía

remediar la situación, derivada de un estado de derecho. A su vez el otro propietario debía abstenerse de emplear la colina de mi tío con el mismo fin de reflejar sonidos reflejados primero en su propia colina, a menos que se le diese el consentimiento del caso. Naturalmente, ninguno de los dos quiso dar ese consentimiento a favor del vecino y adversario. Así fue que el noble y fantástico eco, rey de todos los ecos, dejó de resonar con su monumental voz. La inestimable propiedad quedó sin uso ni valor.

Faltaba una semana para mi boda, y estaba yo más engolfado que nunca, nadando en las profundidades de mi ventura, cuando llegó la noticia de la muerte de mi querido tío. Toda la nobleza de los alrededores y de otras muchas partes del reino se preparaba para asistir a mi unión con la hija del ilustre conde. Pero ¡ay! mi bienhechor había desaparecido. Todavía hoy siento el corazón acongojado recordando aquel momento. A la vez que la noticia de su muerte, llegó el testamento del difunto. Yo era su heredero universal. Tendí el pliego al conde para que lo leyera. Yo no podía hacerlo pues el llanto nublaba mi vista. El noble anciano se enteró de aquel documento, y me dijo con tono severo:

- ¿A esto llama usted riqueza, joven? Tal vez lo sea en el vanidoso país de donde usted viene. Veo, caballero, que la única herencia que usted tiene es una inmensa colección de ecos, si se puede llamar colección algo disperso en todo su continente. Aún hay más: las deudas que usted ha heredado le llegan hasta arriba de las orejas. Además todos los ecos están hipotecados. Yo no soy duro ni egoísta, pero debo velar por el destino de mi hija. Si usted fuera dueño siquiera de un solo eco libre de todo gravamen, si pudiera usted retirarse con mi hija a vivir tranquilo en un rincón apartado y ganar el sustento, cultivando modesta y penosamente ese eco, yo daría de buena gana mi consentimiento para el matrimonio; pero usted está en las fronteras de la mendicidad, y yo sería un criminal si le diera a mi hija en matrimonio. Parta usted, caballero. Llévase usted sus ecos hipotecados, y le ruego que no se presente más en esta casa.

Celestina, la encantadora y noble hija del conde, mi sueño hecho realidad, lloraba desconsoladamente, y se colgaba de mi cuello con sus amantes brazos. Juraba que se casaría conmigo, aunque yo no tuviese el eco más insignificante en este mundo. Sus ruegos, sus lágrimas, su desesperación, fueron inútiles. Se nos separó violentamente. Ella languidecía en su hogar apagándose día a día como una flor y un año después dejaba de existir. Yo triste y solo, arrastrándome penosamente por el camino de la vida, busco el reposo que nos reúna a ambos en el reino de los bienaventurados. Allí la maldad no tiene imperio; allí los desgraciados encuentran la morada de la paz. Si quiere usted dirigir una mirada de estos planos que traigo en mi valija, podrá adquirir un eco en mejores condiciones que cualquiera de los que le puedan ofrecer en el mercado. Aquí hay uno que costó diez dólares

hace treinta años. No hay maravilla igual en todo Tejas. Se lo puedo dejar a usted por...

-Permítame usted que lo interrumpa. Hasta este momento, querido amigo mío, mi vida ha sido un continuo martirio, causado por los agentes viajeros. He comprado una máquina de coser que no necesito, puesto que soy soltero. He comprado una carta geográfica que contiene miles de falsedades hasta en sus datos más insignificantes. He comprado una campana que no suena. He comprado veneno para las ratas, y éstas lo prefieren a cualquiera otro alimento, pues las engorda más que el más exquisito queso de Flandes. He comprado una infinidad de inventos francamente inútiles. Es imposible sufrir más de lo que he sufrido con estas compras. Aun cuando me regale usted sus ecos, no los quiero. ¿Ve usted ese fusil? Lo tengo para los viajantes de comercio. Aproveche usted la oportunidad, y huya antes de que la cólera me ciegue. No quiero derramar sangre humana, y menos la suya.

Él sonrió dulcemente, con expresión de profunda tristeza, y entró en consideraciones de orden filosófico.

-Usted sabe – me dijo – que quien abre sus puertas a un viajante de comercio, debe hacerse cargo de las consecuencias. El mal está hecho.

Discutimos, pues, durante una hora o más, y al cabo de ella, yo acabé por transigir. Compré un par de ecos de dos voces o quilates cada uno, en condiciones que no eran del todo malas. Para mostrarme su gratitud, el viajante me dio otro eco que, según me dijo, no tenía salida, pues sólo hablaba alemán. Había sido políglota, pero quedó reducido a aquel idioma gutural por desperfectos en el órgano de reflexión.

## **EL ATENTADO CONTRA JULIO CÉSAR SEGÚN LA PRENSA**

*(Este artículo se basa  
en la única relación verídica  
del hecho que se ha publicado  
hasta hoy. Es un extracto del  
diario de Roma, Los Rayos de  
la Tarde, que fue el primero en  
dar la noticia, pocas horas después  
del hecho).*

Nada en el mundo es más satisfactorio para un reportero que reunir toda información relativa a un asesinato sangriento y misterioso y escribirla con todas las circunstancias que puedan aumentar la gravedad del hecho. Este trabajo encantador llena su alma de placer, sobre todo cuando sabe que el

periódico en que escribe, circulará por las calles antes que los demás informando hechos inéditos. Muchas veces he sentido la honda pena de no haber sido reportero romano en el momento de la violenta muerte de Julio César. ¡Cuál habría sido mi felicidad si el periódico en el que yo trabajara, por su carácter de hoja vespertina, anticipaba doce horas la narración de aquellos hechos! El mundo ha presenciado acontecimientos no menos asombrosos que aquél; pero ninguno tan marcadamente reporteril, según entendemos hoy las cosas periodísticas. En efecto, nunca se había visto, ni se vio después, un suceso tan emocionante, no sólo por la importancia personal de la víctima, sino por la posición elevada, por la reputación sin mancha y por la influencia política de los autores del crimen.

No fui el privilegiado reportero que pudo llevar sus cuartillas a las cajas antes que ninguno de sus colegas; pero tengo la extraña satisfacción de traducir el texto latino del *Los Rayos de la Tarde*, diario romano, que difundió el relato completo de los hechos en su segunda edición de aquel día.

Dice así el periódico:

“La ciudad, tranquila recibió ayer la impresión más profunda y trastornadora que sea posible soñar, a causa de uno de esos crímenes sangrientos que entristecen el corazón y llenan el alma de horror, a la vez que inspiran profundas preocupaciones a los hombres sensatos. Temblamos por el destino de una ciudad en donde la vida humana corre tantos riesgos y en donde las leyes son quebrantadas abiertamente. Pero ya que el hecho se ha cometido, cumplimos con un deber doloroso de periodistas, relatamos la muerte de uno de nuestros ciudadanos más respetables, hombre conocido, no sólo en Roma, sino en todos los lugares adonde llega nuestra publicación. Permítasenos recordar, con orgullo y placer, la buena actitud que hemos guardado respecto de la víctima, defendiendo su reputación en la débil medida de nuestra capacidad, contra las calumnias de sus enemigos. Nos referimos al señor don Julio César, Emperador electo.

He aquí la información tal como nuestro reportero pudo recabarla escogiendo entre las narraciones contradictorias de los testigos presenciales. Como puede imaginarse, el origen de los hechos fue un asunto electoral. Es el caso de las nueve décimas partes de los terribles asesinatos diarios que deshonran el nombre de nuestra querida ciudad. Las dichas elecciones traen siempre consigo una secuela de odios, querellas y violencias. Por eso hemos dicho que Roma ganaría mucho si los funcionarios públicos, incluso los agentes de policía, fueran nombrados para un período de cien años por lo menos. Los hechos han demostrado que no somos capaces de elegir ni un perrero municipal sin que las salas de emergencia atiendan por lo menos a doce ciudadanos con fracturas en el cráneo, y sin que las comisarías de policía se vean repletas de ebrios y vagabundos. Según los rumores que llegan a nuestra redacción, cuando

hace algunos días se anunció en la plaza del mercado la cifra de la aplastante mayoría para la coronación de aquel ilustre caballero, no fue bastante la extraña y desinteresada negativa que formuló tres veces, para salvarlo de los insultantes rumores de hombres como Casca, vecino del décimo distrito, y de otros *seides* de los candidatos derrotados, sobre todo los del distrito 11, los del 13 y otros de los alrededores. Muchas personas escucharon frases irónicas y despectivas con respecto a la conducta del señor César.

También se murmura, y esto es cosa que tienen por indudable nuestros correligionarios, que el asesinato de Julio César era cosa convenida, con arreglo a un maduro plan, pensado por Marco Bruto y los bandidos que éste tiene bajo su servicio. El programa se desarrolló con toda exactitud. El lector podrá evaluar por sí mismo los fundamentos que existan para esta sospecha. Por nuestra parte, absteniéndonos de opiniones aventuradas, le sometemos el relato de los hechos y le suplicamos que lo examine atentamente, con todo desapasionamiento, antes de que tome una opinión final,

El Senado se había reunido ya y el señor César bajaba por la calle que conduce al Capitolio, conversando con algunos amigos y seguido de muchos ciudadanos, como sucedía habitualmente. Al pasar frente a la Droguería Demóstenes, Tucídides y Compañía, César dijo que habían llegado los *idus* de Marzo. Estas palabras fueron dirigidas a un señor que, según nuestro informante, se ocupa de hacer vaticinios.

-Sí – contestó el adivino - ; ya vinieron, pero no han pasado todavía.

Es ese momento se acercó Artemidoro; habló de algo que tenía prisa, y le rogó a César que leyera un folleto o documento u otra cosa no muy bien determinada por los testigos. El señor Decio Bruto se interpuso entre Artemidoro y el Emperador y dijo que tenía “una humilde súplica”, cuya lectura pedía, por serle de mucho interés. Artemidoro insistió en que se leyese primero lo que él llevaba, pues se refería a asuntos de importancia personal para César. Éste dijo que los asuntos relativos a su persona eran para él de menor importancia y que consideraba que era su deber posponerlos. Acaso no utilizó precisamente estas palabras; pero básicamente a eso se reducía el sentido de ellas. Artemidoro insistió nuevamente, para que se le diera la preferencia sin pérdida de tiempo.<sup>1</sup> César rechazó esta imposición, y dijo que no leería memoriales en la calle. Inmediatamente entró en el Capitolio, seguido de la bulliciosa muchedumbre.

---

1. Nótese un hecho: William Shakespeare, que presencié el atentado desde que comenzaron a desarrollarse los sucesos hasta su trágico desenlace, dice que el documento era una carta en que se hacían revelaciones a César sobre la existencia de una conspiración para asesinarlo.

Al mismo tiempo que esto pasaba, alguien escuchó una conversación que, relacionada con los hechos posteriores, tiene una significación de lo más siniestra. El señor Papillo Lenna le dijo a Jorge E. Casio (conocido con el apodo de “El badulaque del tercer distrito”, y que en realidad no es sino un agitador pagado por los opositores):

- Es de esperar que la empresa que usted emprendió no se malogre hoy.
- ¿Qué empresa? – dijo Casio.

El señor Lenna no respondió, guiñó el ojo izquierdo y le dijo con fingida indiferencia:

- Que lo pase bien.

Sin más, se dirigió hacia donde estaba el señor César.

Marco Bruto, de quien se cree que era el director de la banda de asesinos, preguntó a Casio:

- ¿Qué te ha dicho Lenna?

Casio repitió las palabras de aquél, le mencionó su seña de inteligencia y agregó:

- Creo que nuestros planes han sido descubiertos.

Bruto encargó a su malvado cómplice que vigilase al señor Lenna. Un momento después, Casio hablaba con el famélico Casca, cuya mala reputación no tenemos por qué aclarar y le decía:

- Activa las cosas, porque temo que nos sorprendan.

Dirigiéndose a Bruto, con mucha nerviosidad, que no le era fácil ocultar, pidió instrucciones y juró que él y César no saldrían juntos de allí. Antes se mataría.

César conversaba con algunos diputados de los distritos extranjeros. Hablaban de las elecciones del otoño. El Emperador electo no ponía atención a lo que pasaba cerca de él. Guillermo Trebonio hablaba con Marco Antonio, hombre de buenas intenciones y gran amigo de César. Empleando algún pretexto, Trebonio logró apartar a Marco Antonio, y cuando César quedó aislado de su gran amigo, lo rodearon Bruto, Decio, Casca, Cinna, Metelo Cimber y otros de la banda de malhechores que tienen infestada la ciudad de Roma. Metelo Cimber se arrodilló y le pidió que levantara el destierro de su hermano; pero César rechazó esta petición e hizo reproches a Cimber por su actitud de sumisión. Bruto y Casio pidieron gracia para Publio, también desterrado, y César dio una segunda negativa. Dijo que nada lo conmovía, y que sus intenciones tenían la firmeza de la estrella polar, astro que mereció sus elogios más sinceros por la fortaleza con que procede en todos los actos de su vida y por el buen criterio que lo distingue. Se comparó con él, y dijo que no había en el país una sola persona que pudiera decir otro tanto. ¿Había desterrado a Cimber? Pues entonces en el destierro se quedaría. Un hombre consecuente no da el brazo a torcer. Antes condenaría su alma que permitir la vuelta de alguno de los desterrados.

Aprovechando este pretexto de tan poca importancia para reñir, Casca se arrojó contra César, y le dio una puñalada. César le tomó el brazo con la mano derecha, y con la izquierda, que recogió hasta el hombro, le asestó tal puñalada, que el malvado rodó por el suelo bañado en su propia sangre. Sin perder el tiempo, César retrocedió hasta el pedestal de la estatua de Pompeyo, y se puso en guardia para enfrentar a los que le atacaban. Casio, Cimber y Cinna se arrojaron sobre él, puñal en mano, y el primero logró herirlo; pero antes que se repitiera la agresión y antes que los otros hirieran también a César, éste dejó tendidos a los tres infames con duros golpes de su poderoso puño. El Senado era una multitud confusa y agitada, y los ciudadanos corrían hacia las puertas, haciendo esfuerzos desmedidos para escapar. El *macero* y sus auxiliares intentaban atrapar a los asesinos. Los más venerables senadores abandonaban sus togas, y trepando por las filas de *curules*, se escapaban hacia las galerías laterales para esconderse en las salas de las comisiones. Millares de voces gritaban:

-¡Socorro!

Otras clamaban:

-¡Guardias!

Estas voces discordantes llenaban el recinto, como el silbido de los vientos que pasan sobre las olas encrespadas del mar. El gran César, apoyado en el pedestal, luchaba a brazo partido con sus atacantes como un león acosado sin abandonar su semblante altivo y el valor inflexible que tantas veces ha mostrado en los sangrientos campos de batalla. Guillermo Trebonio y Cayo Ligario lo hirieron; pero cayeron por tierra como los otros confabulados. Finalmente, cuando César vio a su antiguo amigo Bruto, navaja en mano, listo para el golpe mortal, el pesar y la sorpresa lo dominaron, según se dice, y, dejando caer el invencible brazo izquierdo, ocultó el rostro entre los pliegues de su manto, y recibió la traicionera puñalada sin hacer el menor movimiento para detener el brazo que se la sostenía. Sólo dijo:

-*Tu quoque Brutus?*

Y cayó sin vida sobre el duro mármol.

Se sabe que al ser muerto, César llevaba el mismo traje que vistió la tarde del día en que derrotó a sus enemigos y que cuando se lo desnudó, pudo verse la ropa con siete desgarraduras. No se encontró objeto alguno en los bolsillos. La ropa del señor César servirá como elemento de prueba en la investigación abierta por el juez en lo criminal, y mediante su examen será fácil establecer el homicidio.

Marco Antonio, que por su jerarquía puede estar al tanto de todos los hechos relacionados con el acontecimiento que absorbe actualmente la opinión pública, nos comunica los datos que acabamos de consignar.

ULTIMA HORA. –En tanto que el juez convocaba al Jurado, Marco Antonio y otros amigos del difunto Julio César tomaron el cadáver de éste y lo llevaron al Foro. Según los informes de último momento, el citado Antonio y Bruto están pronunciando discursos, y es tal la agitación producida por ellos, que en los momentos de entrar en prensa nuestro diario, el inspector general de Policía toma medidas de seguridad, confiado como está de que va a haber un motín en nuestra ciudad, Roma.

## FÁBULAS EDIFICANTES PARA NIÑOS ADULTOS DE AMBOS SEXOS

*De cómo organizaron una expedición  
científica los animales de la selva*

### PRIMERA PARTE

Sucedió que en medio de la selva, los animales celebraron una Gran Convención. Después de largas y sesudas deliberaciones, se acordó la designación de una comisión integrada por los más ilustres sabios, con el fin de que, saliendo de los límites del mundo hasta entonces conocido, dirigiese sus pasos hacia la región inexplorada que se extiende más allá del espacio cubierto por la sombra de los árboles, pues convenía por una parte comprobar ciertas especies enseñadas en las escuelas primarias y en los liceos, y por otra parte, se aconsejaba la urgencia de extender la esfera de los conocimientos, mediante la adquisición de nuevas verdades. Hasta entonces la nación no había emprendido una obra tan fabulosa como aquella. Es verdad que el Gobierno envió en cierta ocasión al eminente especialista Renacuajín, para que al frente de un grupo selecto, explorase el ángulo que hay hacia la mano derecha del bosque, con facultades para penetrar por el pantano del Noroeste, si era necesario. Posteriormente los poderes públicos acordaron la organización de otras expediciones que tenían por objeto fundamental averiguar el paradero del doctor Renacuajín y de sus acompañantes, y no habiéndose conseguido esto, El Gobierno renunció a toda futura pesquisa en tal sentido. Como un reconocimiento de justicia, se concedió un título nobiliario a la madre del doctor Renacuajín, con lo que fueron premiados los servicios eminentes que el célebre explorador había prestado a la ciencia.

Otro de los viajes que ilustraban los anales de la nación, fue la expedición que envió el Gobierno para que investigase las fuentes del arroyuelo que desemboca en el mismo pantano del Noroeste. Esta empresa estuvo a cargo del vizconde Saltamontes. Entre la muchas expediciones que salieron en

busca del vizconde, una, al menos, fue coronada por el éxito más feliz, pues encontró el cuerpo de Saltamontes, aunque no pudo averiguar si éste a su vez había descubierto las fuentes del dichoso riachuelo.

El Gobierno decretaba una y otra vez los honores más altos a los que morían por servir a la Ciencia, y no pocos envidiaban los funerales del vizconde Saltamontes.

Las expediciones a que se ha hecho referencia eran de muy poca importancia, comparadas con aquella que acababa de votar la Gran Convención de los animales del Bosque. Figuraban en ella los sabios más célebres, y además, como ya hemos tenido ocasión de expresarlo, tenía por objeto ir a regiones lejanas, totalmente desconocidas y situadas más allá de los límites de la selva imponente. Toda la sociedad estaba entusiasmada por aquel acontecimiento. Los miembros de la expedición eran obsequiados con sabrosos banquetes, en los que se brindaba repetidamente para celebrar su gloria. Cuando pasaba alguno de los expedicionarios, la muchedumbre se agolpaba en torno suyo para verle y saludarle.

Al fin, la expedición partió, y era de maravillar aquella larguísima procesión de tortugas cargadas de sabios, que llevaban consigo tamañas dotaciones de instrumentos científicos. Sobre las mismas tortugas iban los brillantes gusanos y las luciérnagas que formaban el cuerpo de señalización. Había una sección de hormigas y escarabajos para segar y recoger el forraje y para construir las obras de zapa, y otra de arañas que llevaban las cadenas y *teodolitos*. Todos estos animales, así como los sabios, iban bien acomodados en los caparzones de las tortugas. Muchas de éstas habían sido destinadas al cargamento de las provisiones. A las tortugas de tierra seguían las de agua, destinadas al servicio de transportes marítimos y pluviales, y que tenían todas las ventajas de los *acorazados*. Cada una de las tortugas, así las de agua como las de tierra, llevaba izada una bandera vistosísima, formada por gladiolos o por otras plantas de forma adecuada. A la cabeza de la columna marchaba una numerosa banda militar de abejas, mosquitos, grillos y langostas. Toda la enorme línea estaba prolijamente custodiada por doce regimientos muy escogidos de gusanos venenosos.

Después de unos tres meses de marcha, la expedición traspasó los márgenes del bosque y se asomó al “Mundo de los desconocido”. El espectáculo que se presentó ante las miradas atónitas de los exploradores fue de lo más impresionante. Veían extenderse una extensa llanura que surcaba un arroyo sinuoso, un obstáculo elevadísimo, cuya naturaleza les era totalmente desconocida. El zapador Estercolín emitió esta hipótesis: el obstáculo era ni más ni menos que la tierra levantada en el borde, puesto que distinguía árboles en aquella altura. El profesor Caracolillo dijo lo que sigue, que fue aceptado por la opinión unánime de sus colegas.

-Estercolín, usted ha venido para obra de terracería, y nada más. Si en alguna ocasión solicitamos sus ideas sobre materias científicas, se le hará previamente una indicación para que las exponga. Pero a menos que esto suceda, debe usted abstenerse de presentar sus opiniones. Es intolerable la soltura con que usted procede, y apenas puede creerse que mientras los otros trabajadores manuales proceden a la ejecución de sus tareas, usted se desentiende completamente de ellas, y dedicado al reposo, lleve su audacia hasta mezclarse en las respetables materias de conocimiento. Vaya usted y ayude a descargar los equipajes.

Estercolín dio media vuelta pero sin que se viera la menor señal de arrepentimiento por su conducta. En el camino iba diciendo para sus *élitros*:

-Si eso no es la tierra levantada en la orilla, que muera yo aplastado y que se me condene a una sentencia infame.

El profesor Renacuajín, sobrino carnal del célebre explorador ya mencionado, opinó que la cumbre era un muro destinado a formar el recinto de la tierra. Dicho esto, continuó:

-Es muy vasta la ciencia que hemos heredado de nuestros mayores; pero como ellos no llegaron muy lejos en sus exploraciones, podemos asegurar que estamos en presencia de un nuevo descubrimiento lleno de majestad. Aun en el caso de que nuestras labores acaben aquí, será eterno el renombre que nos rinda la posteridad. ¿De qué puede ser esa gran muralla? ¿De setas, por ventura? Las setas constituyen uno de los materiales de construcción reconocidos como convenientes para la construcción de grandes murallas.

El profesor Caracolillo, enfocó sus largavistas, y examinó minuciosamente la muralla. Después de mirarla atentamente, dijo a sus colegas:

-No es diáfana esa muralla. El hecho así comprobado me convence de que es un vapor producido por el calor ascendente de la humedad, previa una desviación refractiva. Mi afirmación sería reafirmada por la experimentación endiométrica; pero no estimo necesario llegar a la prueba experimental. El hecho es evidente.

Guardó los anteojos en su bolsa, y enrollándose en su caparazón, empezó a redactar una Memoria sobre el descubrimiento de los confines del Mundo y sobre la naturaleza que reviste.

-¡Es un espíritu profundo! – dijo el profesor Gusanillo hablando en voz baja con el profesor Turón-. ¡Es un espíritu profundo! No hay misterios para ese ser privilegiado.

Entretanto la noche llegaba. Se estableció entonces la guardia de Grillos; los Gusanos de Luz y las luciérnagas encendieron sus lámparas. Todo era silencio, sueño y reposo en el campamento. Por la mañana, después de almorzar, la expedición continuó su marcha. A eso de las doce del

mediodía, los exploradores llegaron a una gran avenida con dos barras paralelas y longitudinales, que se extendían indefinidamente por una y otra parte, y que estaban formadas de cierta sustancia negra. Su largo era mayor que la de una rana corpulenta y esto era mucho. Los sabios subieron a las barras, las probaron y las examinaron de mil maneras. Anduvieron por ellas una larga distancia, y no les encontraron fin ni quebradura. Era imposible llegar a una conclusión. Los anales de la ciencia no mencionaban ningún hecho semejante. El calvo y respetable Tortugón, que era una autoridad en las ciencias geográficas, y que, a pesar de su humilde origen y del fango en que se había criado, pudo elevarse por la obra exclusiva del esfuerzo personal y del mérito, hasta ser el más respetable de los que cultivaban esta materia dijo lo que sigue:

-Amigos míos, es indudable que hemos realizado un magno descubrimiento. Durante siglos y siglos se creyó que esto que aquí vemos en su forma palpable, compacta e imperecedera era fruto de la imaginación. Creo que deberéis inclinarnos con reverencia, pues nos encontramos frente a una realización majestuosa de la verdad científica. ¡Estas dos barras que aquí veis son dos paralelos de latitud!

Las cabezas se inclinaron y los corazones palpitaron cuando aquellos sabios eminentes dieron su veredicto sobre la magnitud del descubrimiento. Muchos de los expedicionarios derramaban lágrimas emocionados. Se mandó acampar en aquel sitio, y el resto del día fue empleado en la redacción de voluminosas memorias sobre la gran maravilla, mientras algunos de los sabios corregían las tablas astronómicas, a fin de que sus datos estuvieran de acuerdo con los dos paralelos recientemente descubiertos. Los astrónomos siguieron trabajando durante la noche, y a las doce de ella notaron un alarido de cien mil demonios, y después un ruido de golpes y arrastre. En ese mismo momento, apareció un enorme ojo, aterrador, seguido de una cosa gigantesca, que pasó velozmente, y desapareció entre las tinieblas, lanzando al aire sus alaridos triunfales.

Todos los individuos del campamento, es decir, los soldados y trabajadores, sintieron sus corazones en un hilo por el espanto, y corrieron a refugiarse entre la tupida hierba. Pero los sabios, que no tenían supersticiones, permanecieron calmados en sus puestos, y empezó entre ellos el cambio de teorías. Primeramente se pidió la opinión al anciano y venerable geógrafo. Sin decir palabra, éste se encerró en su caparazón para proceder a una larga y profunda meditación. Salió al cabo, y no bien mostró su rostro, todos comprendieron que llevaba la luz de la Verdad. El eminente doctor Caracolillo habló en estos términos:

-Agradeced la buena suerte que tenéis de haber presenciado este estupendo acontecimiento. ¡Lo que ha pasado ante nuestra vista es el Equinoccio de Invierno!

La noticia fue celebrada con aplausos y vivas.

Gusanillo se desdobló, después de haber meditado durante un largo rato. No estaba convencido, y emitió audazmente la siguiente objeción:

-Llevamos mes y medio de verano...

-Es verdad –dijo Tortugón-; es verdad lo que acaba de decir el profesor Gusanillo, pero estamos lejos de nuestra casa, y es sabido que las estaciones varían con la diferencia de tiempo entre dos puntos.

-Indudable, indudable. Pero es de noche, y siendo de noche, ¿cómo puede pasar el sol?

-Incuestionablemente, el sol pasa siempre a esta hora en las regiones desconocidas que atravesamos, aun cuando sea de noche.

-Acepto el hecho, y lo doy por indiscutible. Pero tengo una duda; ¿cómo pudimos nosotros ver el sol durante la noche?

-He ahí el misterio, y lo reconozco. Pero estoy íntimamente persuadido de que la humedad de la atmósfera deja en estas remotas regiones que se adhieran al disco las partículas de la luz del día, y estas partículas fueron las que nos permitieron ver el sol entre las sombras de la noche.

La explicación pareció totalmente satisfactoria, y se hizo constar en el acta la decisión de los doctos.

Apenas se había escrito el último renglón, cuando volvieron a oírse los temibles alaridos; otra vez sonó el ruido de golpes y de arrastre; el ojo flamígero apareció otra vez entre las sombras por un lado de los paralelos de latitud, y desapareció por el lado opuesto.

La gente indocta de la expedición creyó que había llegado el fin de todo. Los sabios quedaron perplejos. ¿Qué se podía explicar ahora? Pensaron y hablaron; hablaron y pensaron. Por último, después de una larga deliberación, el sabio y maduro duque de las Antenas, que había permanecido en silencio, con piernas y brazos cruzados, habló en estos términos:

-Creo que deberéis emitir cuantas opiniones creáis pertinentes para ilustrar la materia. Yo hablaré después con la seguridad con que he resuelto este problema.

-Puesto que es así, dígnese Su Gracia darnos esa opinión, que siendo suya encerrará la quinta esencia de la sabiduría – dijo el doctor Cucaracha, personaje de rostro seco y arrugado.

Para convencer al duque, el doctor Cucaracha echó mano de las más insignificantes y exasperantes trivialidades, que formulaba autorizándolas como citas de los antiguos poetas y filósofos. Todo lo iba diciendo ceremoniosamente, en la lengua original de cada uno de sus autores favoritos, lenguas muertas todas ellas, como la mastodonte, la didonia y otras parecidas.

-Tal vez no debiera – decía el académico Cucaracha-, tratar puntos que son de la exclusiva competencia de los astrónomos, y menos aún en presencia de sabios tan eminentes como los que aquí están presentes. Yo

soy y siempre he sido un hombre consagrado al estudio de los tesoros ocultos en los repliegues de las lenguas muertas, para que todos puedan disfrutar de la vigorosa *mies* que nos es dado espigar en los campos de la antigüedad; pero yo no cultivo la noble ciencia de la Astronomía, y hablo, por lo tanto, con humildad y respeto para pedir que se tenga en cuenta una circunstancia, y es que la última de las maravillosas apariciones de que hemos sido testigos, traía dirección contraria a la del fenómeno anterior que, por unánime decisión de la Ciencia, era el Equinoccio de Invierno. Como, por otra parte, es absolutamente igual un fenómeno al otro, ¿habría inconveniente en designar al segundo con el nombre de Equinoccio de Otoño y...?

-¡Fuera de aquí!

-¡Que lo lleven a la cama!

-¡Oh! ¡Oh!

En presencia de esta oleada de indignación y de burla, el desdichado Cucaracha se apartó consumido por la vergüenza.

-La discusión entretanto seguía con empeño y todos acordaron que se pidiese su opinión al duque de las Antenas. Éste dijo al fin:

-Declaro, notables colegas, que según mi más firme convicción, el fenómeno que acabamos de presenciar sólo ha ocurrido una vez antes de ahora en toda su perfección, a lo menos dentro de los límites del conocimiento de los seres creados. Es un fenómeno de gran importancia y del más alto interés; pero para nosotros esa importancia y ese interés son aún mayores por cuanto tenemos un conocimiento del hecho que ningún otro sabio había alcanzado antes de nosotros. Esta gran maravilla que acabamos de presenciar, ilustres colegas – y sólo mencionarla me quita el aliento –, es nada menos que el paso del planeta Venus.

Todos los sabios se pusieron en pie, pálidos de emoción. A la sorpresa siguieron las lágrimas, los apretones de manos, los abrazos y hasta expresiones de viva felicidad que llegaban a los límites de la locura. Pero, a medida que la emoción entró nuevamente dentro de su cauce natural y que la reflexión volvió a retratarse en las frentes augustas, el competentísimo inspector general, e ilustre académico Lagartijo, hizo esta breve observación:

-¿Pero, cómo se entiende? Venus debería pasar por el disco del astro rey, el Sol y no por el de la Tierra.

La saeta dio en el blanco. Todos los apóstoles del Saber se sintieron poseídos por un profundo dolor, pues no se les ocultaba que la objeción era intachable. El venerable duque cruzó con toda calma sus largas antenas, colocándose las cuidadosamente detrás de las orejas, y habló en estos términos:

-Las palabras de nuestro ilustre amigo han penetrado hasta la médula misma del asunto. Acaba de poner sobre el tapete nuestro gran

descubrimiento. Sí, es verdad; todos nuestros predecesores creyeron que el paso de Venus consistía en un vuelo de este astro ante la faz del Sol; creyeron esto, es verdad; lo afirmaron, y no puede negarse la recta firmeza de sus aseveraciones, hijas de la sencillez de corazón y justificadas por la limitación de sus primitivos conocimientos; pero a vosotros y a mí nos ha sido dada la inestimable fortuna de establecer el paso de Venus por el disco de la Tierra, puesto que lo hemos visto. ¡Sí! ¡Lo hemos visto!

La Sabiduría allí tomó asiento para entregarse a la adoración silenciosa de aquel intelecto sin par. Todas las dudas se borraron instantáneamente, como las sombras de la noche frente al fulgor de un relámpago.

Estercolín acababa de entrar sin que nadie lo notase. Avanzó con movimientos precipitados, y se permitió dar palmadas en el hombro a muchos de los sabios, diciéndoles palabras de una simpleza poco usual entre aquellos sabios. Su sonrisa era de una satisfacción muy intensa. Cuando estuvo en el sitio más adecuado para dirigirse a toda la asamblea, dobló el brazo izquierdo, apoyó los nudillos sobre el cuadril, por debajo del faldón de su negro casacón, prenda muy ridícula para un trabajador, torció la pierna derecha apoyando la punta del pie en el suelo y poniendo graciosamente el talón sobre la apófisis de la tibia izquierda, echó hacia adelante su hinchada panza de concejal, abrió los labios, plantó el codo del brazo derecho sobre el hombro del inspector Lagartijo y ...

Pero el inspector Lagartijo corrió indignado el hombro en que se apoyaba el codo de Estercolín, y el encallecido hijo del trabajo cayó por el suelo y dio dos o tres volteretas; pero pudo ponerse en pie, sonriente y satisfecho como si nada hubiera pasado, volvió a arreglar su actitud con la misma minuciosidad y sin otra diferencia que la de haber buscado como punto de apoyo esta vez el hombro del profesor Garrapatín, abrió los labios y...

Una vez más rodó por tierra. Se levantó sonriendo, se sacudió el polvo de su ropa y de las piernas; pero no habiendo acertado en uno de los movimientos del brazo con que se sacudía, el impulso le hizo dar cinco vueltas, las piernas se le juntaron, y sin remos para equilibrarse, cayó como una bola sobre el vientre del duque de las Antenas. Dos o tres sabios se precipitaron para dar auxilio al ilustre prócer y, apoderándose del molesto escarabajo lo echaron de cabeza en un rincón. Llenos de atenciones, colocaron al patricio en su asiento, pronunciando palabras que indicaban la indignación con que se había visto aquel ultraje a la dignidad del duque. El profesor Renacuajín entonces habló así:

-¡Basta ya de inconveniencias, don Tarambana! Diga usted lo que tenga que decir, y váyase inmediatamente después a sus tareas. ¡Pronto! ¿Qué desea usted? Venga. No; retírese usted mejor. Huele a establo. ¿Qué ha estado usted haciendo?

-Si Su Señoría me lo permite, diré lo que he descubierto. Pero dejemos eso. Hay otro descubrimiento que... con perdón de Sus Señorías... ¿Qué cosa es esa que pasó por aquí como un relámpago la primera vez?

-El equinoccio de Invierno.

-Equinoccio de Invierno. Está bien. Maldito sea. ¿Y el otro?

-El paso de Venus.

-¡Por mi vida! No importa. Bien está; ese “Paso” dejó caer algo.

-¿De veras? ¡Magnífico! ¡Esa noticia no tiene precedentes! ¡Diga usted pronto qué es eso!

-Vengan a ver ilustres Señorías, porque bien vale la pena.

Durante las siguientes veinticuatro horas no hubo otras votaciones en la Asamblea, y sólo se consignó en el acta lo que sigue:

“La Comisión toda fue en compacto grupo a ver el fabuloso hallazgo comunicado por el Escarabajo. Dicho hallazgo consistía en un objeto duro, pulido, enorme, con un extremo redondeado y una corta proyección hacia arriba, con la misma apariencia de una sección de tallo de col, cortada transversalmente. Esta proyección no es maciza como la parte inferior, sino que es un cilindro hueco, obturado con una sustancia suave y gomosa, parecida a la madera y desconocida en nuestra región. La obturación, desgraciadamente, fue removida por Ratonín, jefe de los Zapadores y Mineros, mucho antes de que llegara la Comisión Científica. El gran objeto que teníamos delante, misteriosamente caído de los brillantes espacios siderales, era todo hueco y estaba lleno de un líquido picante, de coloración oscura, parecido al agua de lluvia estancada. ¡Qué visión! Ratonín estaba en el vértice, introduciendo su cola en la proyección cilíndrica. La sacó en presencia nuestra, y la masa trabajadora pudo extraer la sustancia que se desprendía de la cola del jefe de Zapadores. Volvía éste a introducir el apéndice caudal en el interior del cilindro, y otra vez los operarios se adueñaron del fluido que extraía la cola de Ratonín. Obviamente aquel licor tenía virtudes de una extraña potencia, pues todos los que lo saboreaban dejaban el trabajo a los dos o tres chupones; bailaban, se abrazaban y luchaban con el más cínico desconocimiento de toda autoridad. La locura se había apoderado hasta de las Corporaciones armadas, y la Comisión creyó por algunos momentos que era imposible el restablecimiento de la disciplina entre aquellas turbas exaltadas. Los ilustres miembros de la Comisión fueron presa de la enloquecida muchedumbre, y, arrastrado por ésta, todos los sabios participaron de la desmoralización reinante. Pasado algún tiempo, a los furores del vértigo sucedió en el campamento un triste estupor, dentro de cuyos misteriosos límites las categorías quedaron olvidadas y se formaron las más extrañas relaciones de familiaridad. Cuando por fin los miembros de la Comisión lograron reponerse de aquella inexplicable perturbación, todos ellos se quedaron petrificados y con sus pupilas dilatadas por el espectáculo que

tenían frente a ellos. Estercolín, cavador de regiones repugnantes, y de baja extracción, dormía junto al ilustre duque de las Antenas, unidos los dos en un estrecho abrazo fraternal. No digamos en los tiempos históricos, pues ni en las edades fabulosas a que alcanza la tradición, se había visto algo semejante a aquello, y nadie creerá tal cosa como posible, salvo los que tuvieron a su vista aquella espantosa escena. ¡Es el momento de que la Comisión Científica afirme su reverencia ante los inescrutables designios de Dios, cuya voluntad habrá de cumplirse!

“Hoy, a consecuencia de una orden dada al jefe de Ingenieros Herr Ffreuzspinne, nombrado generalmente en este país con el seudónimo de Arañón, éste hizo las obras indicadas para vaciar el calamitoso contenido del receptáculo, y descargó un torrente sobre la sedienta tierra, que lo absorbió instantáneamente. El peligro finalmente ha acabado. Sólo quedan algunas gotas de la desconocida sustancia, que hemos considerado indispensables para la experimentación y a fin de que S.M. el Rey las conserve con las otras maravillas del Museo de Historia Natural. La Comisión ha llegado a determinar la naturaleza del líquido. Este fluido incuestionablemente terrible y destructor que el pueblo llama “relámpago”, cayó de los depósitos existentes en las nubes, juntamente con la masa en que estaba contenido. La fuerza de proyección se halla en el planeta volante, y la sustancia cayó a nuestros pies cuando el mismo planeta Venus pasó cerca de nosotros. Como resultado de lo anterior, se obtiene un interesante descubrimiento; a saber: el “relámpago” admite el estado de reposo, y sólo en contacto con el trueno sale del recipiente en que está cautivo, enciende sus tremendos fuegos y produce la combustión instantánea, acompañada de explosión, que siembra el desastre y la desolación sobre la faz de la tierra”.

La expedición tomó un día destinado a recuperar las fuerzas, luego continuó su marcha. Al cabo de algunas jornadas, acampó en un paraje tranquilo de la llanura, y los sabios se dispersaron por los alrededores para ver si hacían algún nuevo descubrimiento. No tardaron en recibir el premio de sus afanes. El profesor Renacuajín descubrió la existencia de un árbol muy particular, y llamó a sus colegas. Estos lo inspeccionaron con el más profundo interés. Era un árbol alto y recto, con la particularidad de que no tenía corteza, ramas ni follaje. El duque de las Antenas determinó la altura por triangulación. El ingeniero Arañón hizo una medida exacta del perímetro en la base del tronco, ya calculó la circunferencia del extremo superior por medio de una demostración matemática basada en el grado uniforme de inclinación de la sección cónica. El descubrimiento fue colocado entre los más maravillosos. Puesto que nadie conocía la especie a la que pertenecía el árbol, el profesor Lombricilla le dio un nombre que por su sonido indicaba el origen científico de la palabra. Esta consistía en el apellido del profesor Renacuajín, traducido a la lengua mastodonte, pues

los sabios tenían por costumbre dar inmortalidad a sus nombres y honrarse a sí mismos uniendo aquellos a los descubrimientos que iban haciendo.

Ahora bien; como el profesor Turón apoyase al árbol su finísimo aparato de la audición advirtió que de éste salía un sonido rico y armonioso. Esta novedad verdaderamente sorprendente fue puesta a prueba, y disfrutaron de ella todos los sabios, con gran satisfacción y sorpresa para cada uno de ellos. Se solicitó el esfuerzo del profesor Lombricilla para que en el nombre del árbol quedase comprendida una idea al menos de la cualidad musical que aquél contenía. Él lo hizo de buena gana, y agregó otra palabra mastodonte a la que perpetuaba el nombre del Renacuajín. El árbol llamóse, pues, Anthem Klophonos.

El profesor Caracolillo estaba absorto en una inspección telescópica. Descubrió que allí había muchos árboles como aquél, y que se extendían en una línea continua, a grandes intervalos unos de otros, tanto al Norte como al Sur, hasta los límites que dominaba su instrumento óptico. Descubrió asimismo que todos los árboles se encontraban unidos por catorce cables, situados uno sobre otro, y que esos cables, tendidos de árbol a árbol, no tenían fin hasta donde alcanzaba su vista. Esto causó gran sensación. El ingeniero Arañón subió a la cima del árbol, y bajó para dar un informe técnico. Decía que los llamados cables eran simplemente unos hilos, tejidos por algún miembro colosal de su misma especie, pues en la red formada por los catorce hilos pudo observar algunas fabulosas sustancias que por su textura revelaban claramente ser pieles de prodigiosos insectos. Sin duda la araña constructora de aquellos catorce hilos había apresado y devorado a los animales que dejaron la piel en los hilos. Partió inmediatamente por uno de éstos para hacer una inspección más directa y minuciosa, pero no bien había empezado la caminata cuando sintió que se le quemaban las suelas de las botas, a la vez que por todo su cuerpo pasaba un choque paralizante. Inmediatamente tendió un hilo de los que él fabrica para uso personal, y se dejó caer hasta tocar la tierra a fin de que sus colegas huyesen sin pérdida de tiempo hacia el lugar en que acampaban, pues bien pudiera ser que apareciese el monstruo y se interesase por los sabios tanto como éstos querían saber de él y de sus obras. Partieron, pues, a toda prisa, pero no sin antes redactar las notas que debían dar cuenta sobre la gigantesca telaraña. El naturalista de la expedición confeccionó aquella misma noche un hermoso modelo de la araña colosal constructora de la red, lo que hizo sin necesidad de haber visto al monstruo, pues había recogido al pie de un árbol un fragmento de sus vértebras, y esto le bastaba para saber cuál era la estructura anatómica del coloso, así como su forma de vida y sus costumbres. El modelo tenía cola, dientes, catorce piernas y hocico. En el informe se decía que el ser colosal debía comer hierbas, animales, piedras e inmundicia con el mismo entusiasmo. Este animal fue desde entonces considerado como una de las más valiosas adquisiciones de la Ciencia. Los

sabios de la Comisión abrigaban la esperanza de encontrar un cadáver de la Gran Bestia para momificarla. El profesor Lombricilla creía que él y sus colegas podrían ir de caza y apoderarse de un ejemplar vivo, siempre que se pusieran en acecho; pero la única respuesta que obtuvo fue la de que él lo intentara solo si tanto interés tenía. La Conferencia terminó con el acuerdo de que se designase al monstruo con el nombre del naturalista, ya que éste, después de Dios, era quien lo había creado.

-Y tal vez lo ha mejorado – murmuró Estercolín, que una vez más se había colado en la Junta de los Académicos, según sus hábitos de inveterada haraganería y su insoportable curiosidad.

## SEGUNDA PARTE

### *De cómo llevaron a buen término sus labores científicas los académicos de la selva*

Unos ocho o diez días después, la expedición llegó a un sitio que era una verdadera reserva de curiosidades maravillosas. Cruzado el primero de los ríos que habían encontrado desde su salida de la selva, vieron unas enormes cavernas que se abrían, separadas o en grupos, a un lado del río. Las cavernas formaban dos filas regulares, bordeadas de árboles en línea.

Cada caverna tenía la parte superior dividida en dos declives, a uno y otro lado. Había muchas filas horizontales de grandes agujeros cuadrados. Obstruidos por una sustancia delgada, brillante y transparente. Esos agujeros se abrían al frente de cada una de las cavernas. Dentro de las grandes cavernas, había otras menos espaciosas. Para visitar estos compartimientos menores era necesario subir por vías sólidas en terrazas regulares y continuas, una arriba de la otra y dispuestas como un caracol. En cada compartimiento había grandes objetos informes que habían de haber sido en otro tiempo criaturas vivas, pero cuya piel oscura estaba ya encogida y suelta, y producía un ruido seco al menor movimiento. Había muchas arañas, y sus redes, tendidas hacia todas las direcciones, llenas como estaban de arañas difuntas y despellejadas, presentaban a la Comisión un espectáculo impresionante, pero halagador, pues sugerían la idea de la vida y de una sana actividad en medio del vasto escenario que sólo hablaba de abandono y desolación. Pedimos informes a las arañas que hallamos vivas, pero fueron vanas todas las esperanzas que alimentamos de conseguir alguna noticia. Eran arañas de otra nacionalidad, y su lenguaje, aunque musical, nos fue del todo ininteligible. Son una raza tímida y bondadosa, pero verdaderamente muy ignorante.

Pero no nos desviemos del fin de nuestro relato. Después de examinar metódicamente el frente de las cavernas, y de haber procedido a una

escrupulosa meditación y a un cambio de teorías, los ilustres especialistas determinaron el origen de aquellas singulares formaciones. Según la opinión que prevaleció, pertenecían principalmente al Antiguo Período Rojo de las Piedras de Afilar. La parte anterior de las cavernas estaba constituida por estratificaciones de una increíble regularidad, que se levantaban a considerable altura. Medidas las estratificaciones, se encontró que tienen seis ranadas (medida utilizada entre los insectos). Estos hechos en su conjunto son la más incontestable refutación de la geología tradicional. Entre cada una de las capas de las Piedras Rojas de Afilar, hay otra capa menos espesa de cal en descomposición, lo que demuestra que no hubo un solo período del Afilador, sino que fueron ciento setenta y cinco por lo menos. Y como consecuencia de este hecho, queda también demostrado que la tierra ha sufrido por lo menos ciento setenta y cinco inundaciones diluvianas, con su correspondiente depósito de estratos calizos. La inevitable deducción de estos hechos nos llevó a una verdad suprema en el orden científico: el mundo no tiene cien mil años como se pensaba, sino millones y millones de años. Hay otro hecho igualmente digno de llamar la atención. Cada estratificación de las Piedras de Afilar se encontraba atravesada y dividida en intervalos regulares por estratificaciones verticales de cal en descomposición. Las inyecciones de roca ígnea a través de las fracturas en las formaciones plutonianas, eran fenómenos de muy común observación; pero por primera vez se ha presentado al examen de la ciencia una proyección de roca formada por la acción del agua. Éste es un descubrimiento tan portentoso como digno de reverencia, y su valor científico no puede aún estimarse debidamente.

El examen metódico de algunas de las estratificaciones inferiores demostró la presencia de hormigas fósiles y de escarabajos – los últimos acompañados de sus características mercancías-, y este hecho quedó registrado con gran satisfacción en los libros de actas de la expedición científica, pues demuestra que aquellos simples trabajadores pertenecen a los primeros y más bajos órdenes de los seres creados, aunque a la vez no puede refrenarse un sentimiento de repulsión si consideramos que la criatura perfecta y refinada del orden superior debe su origen a tan desalentadora extracción, por obra de la misteriosa ley del Desarrollo de las Especies.

Estercolín, el interesado escarabajo, que había escuchado la discusión, expresó su orgullo diciendo que bien podían los advenedizos de las nuevas edades buscar un consuelo en sus teorías científicas: pero que a él, por su parte, le parecía un orgullo ser miembro de las más antiguas familias y descender directamente de la vieja aristocracia nacional.

-Lucíos con vuestra dignidad reciente, y llenad el mundo del hedor que se desprende de ese barniz con que os encanta cubriros – dijo Estercolín-; a nosotros nos basta saber que venimos de una raza acostumbrada desde los

primero tiempos de nuestra historia a rodar fragantes bolitas por los corredores de la Antigüedad, que ha dejado esas imperecederas que engalanan la Antigua Piedra de Afilar, y cuya gloria proclama la serie de los siglos en los caminos del tiempo.

-Ve a tomar el fresco- le dijo desdeñosamente el jefe de la expedición.

Pasó el verano y se acercó el invierno. Continuando con sus observaciones, los sabios discutían sobre ciertas inscripciones que habían encontrado en las cavernas. Algunos de los doctos afirmaban que aquello no eran inscripciones, pero la mayoría sostenía la opinión contraria. El *filólogo* Lombricilla dictaminó que se trataba de escritos, hechos con caracteres totalmente desconocidos para la ciencia, y en una lengua que también ésta ignoraba. Ya había ordenado a sus dibujantes y grabadores que hiciesen reproducciones *facsimilares* de los jeroglíficos descubiertos, y con estos elementos de trabajo se puso a buscar la clave de la lengua desconocida. Seguía el método adoptado por todos sus predecesores en la tarea de la lectura e interpretación de textos. Dicho sistema consistía en colocar a la vista un gran número de copias de las distintas inscripciones, y examinarlas colectivamente y en forma detallada. Para comenzar, colocó juntas las siguientes copias:

Hotel Americano.

A la Umbría.

Lanchas baratas de alquiler.

Billares.

Peluquería.

Comidas a todas horas.

Prohibido fumar.

Misa a las cuatro de la tarde.

El Veraneo, diario.

Oficina de telégrafo.

Prohibido pisar el césped.

Píldoras para el hígado.

Hoteles y villas para la estación.

Se vende muy barata.

Se vende muy barata.

Se vende muy barata.

El profesor Lombricilla creyó en un principio que era un lenguaje convencional, y que cada palabra estaba representada por un solo signo; pero un examen más minucioso lo llevó al convencimiento de que se trataba de un verdadero lenguaje escrito, y que cada letra de su alfabeto estaba representada por una figura independiente. Por último, llegó a la conclusión de que ese exótico lenguaje se escribía en parte con letras y en

parte con signos o jeroglíficos. La conclusión surgía forzosamente del descubrimiento de varios ejemplares de un carácter muy curioso.

Observó, en efecto, que ciertas inscripciones se repetían más frecuentemente que otras. Así, por ejemplo:

Se vende barata.

Billares.

Cerveza de barril.

Calle del Barco.

Por supuesto, la primera hipótesis fue que éstas eran frases religiosas. Pero el docto filólogo Lombricilla desechó tal idea, y gradualmente logró penetrar en el misterio del extraño alfabeto. A fuerza de arduos estudios, el profesor pudo traducir muchas de las inscripciones con una considerable probabilidad de acierto, aunque no a satisfacción plena de todos los ilustres sabios. Sin embargo, Lombricilla hizo progresos constantes y alentadores.

Fue para él importantísimo el descubrimiento de una caverna con esta inscripción:

### **MUSEO DE LA PLAYA**

Abierto todo el día; entrada, 50 cts.

Hermosísima colección de figuras de  
cera, antiguos fósiles, etc.

El profesor Lombricilla afirmó que la palabra Museo era equivalente a “lumgad molo”, o sea Cementerio. Todos los sabios se asombraron al entrar. Pero para dar una idea exacta de lo que vieron, será mejor acudir al texto exacto de su informe oficial:

“Puestas en hilera había unas grandes figuras rígidas y erectas que nos impresionaron al instante, como pertenecientes a la especie de reptil extinguida ya en otras edades, que se describe en nuestros antiguos tratados y para cuya designación se emplea el nombre de hombre. Este descubrimiento nos llenó de la más grata satisfacción, ya que últimamente había comenzado a primar cierta tendencia por la cual se consideraba como un mito y una superstición la existencia de aquel reptil a que nos referimos, y aun se daba por sentado que fue fruto de la fecunda imaginación de nuestros más remotos antepasados. Pero he aquí que encontramos al hombre, perfectamente conservado, en estado fósil. Lo encontramos en su cementerio, según consta en la inscripción descifrada por la sección de Filología. Obviamente comenzó a conjeturarse que las cavernas inspeccionadas anteriormente, eran las antiguas moradas del hombre cuando éste vagaba por la tierra, pues en el pecho de cada uno de estos fósiles había una inscripción, y todas ellas tenían los mismos caracteres anteriormente estudiados al frente de las cavernas. Una de las inscripciones decía: “Capitán Kidd, el Pirata”; otra, “la Reina Victoria”; otra, “Abraham Lincoln”; otra “Jorge Washington”.

“Con febril interés acudimos a nuestros completos anales científicos para examinar si la descripción que allí se hace del reptil hombre se asemejaba con el aspecto de los fósiles que teníamos frente a nuestra vista. El profesor Lombricilla leyó los textos originales en voz alta, conservando toda su singular y añeja fraseología. No será inútil repetir aquella descripción, pues no es muy conocida:

“En el tiempo de nuestros antepasados, el hombre andaba sobre la tierra, como es sabido por la tradición popular. Era un ser de tamaño excesivamente enorme y se protegía en una piel muy floja, unas veces de un solo color y otras de muchos colores, con la particularidad de que dicha piel era de quita y pon. Cuando hacía esto, quedaban al descubierto las antenas posteriores, y en ellas había unas garras cortas parecidas a las del topo, pero más anchas, y las otras dos antenas superiores tenían dedos muy delgados y largos, más que los de una rana. Poseía también ciertas uñas muy grandes, de las que se servía para rascar la tierra y buscar su alimento. Le cubrían la cabeza plumas semejantes a las de la rata, pero mucho más largas. De la cara le salía un pico, muy útil para buscar alimento por medio del olfato. En sus momentos de alegría echaba agua por los ojos, y cuando estaba triste o sufría, manifestaba esta emoción con un infernal cacareo muy ruidoso, que era espantoso oírlo. Tal parecía que estaba a punto de morir para terminar con sus sufrimientos. Cuando se juntaban dos hombres, se echaban ruido mutuamente y oíamos: “Como, como, diablo, diablo”. Eso era a lo menos lo que entendíamos. Los poetas imaginaron que los mencionados ruidos entraban en la categoría de un lenguaje; pero los poetas deforman la realidad con sus creaciones. A veces el hombre tomaba una estaca enorme, se la ponía delante de la cara y sacaba de ella fuego y humo, con un estrépito que aterrorizaba a su presa. Atrapaba a ésta con las garras de los remos delanteros y se iba a su casa lleno de la más malvada alegría.

“La anterior descripción, hecha por nuestros padres, es del todo semejante al aspecto de los fósiles que teníamos delante, como se verá a continuación. El modelo indicado con la inscripción *Capitán Kidd, el Pirata*, fue examinado en todas sus dimensiones. Tiene en la cabeza y en parte de la cara un forro parecido al de la cola del caballo. Con mucho trabajo logramos quitarle la piel y descubrimos que el cuerpo es de una sustancia muy pulida y blanca, en estado de petrificación total. Todavía llevaba sin digerir los juncos que había comido en edades inciertas, y que le había bajado hasta las piernas.

“Rodeando estos fósiles había objetos que carecían de significado para el ignorante; pero que eran una revelación a los ojos escrutadores de la Ciencia, que ponen de manifiesto en toda su desnudez los misterios de las edades pasadas. Los antiguos códices nos hablan de los hábitos del hombre, cuando éste pasó por la tierra. Pero nosotros pudimos examinar las pruebas

fehacientes de que vivió en las primeras edades de la creación, simultáneamente a otros órdenes inferiores de la vida, pertenecientes a aquellos tiempos ya olvidados. Observamos, en efecto, el nautilo fósil que surcó los mares primitivos del planeta: vimos el esqueleto del mastodonte, el del ictiosauro, el del oso de las cavernas, el del prodigioso alce. Vimos huesos de otros animales ya extinguidos, y los del hombre joven, todos ellos vacíos completamente, lo que indica que el *tuétano* era uno de los antojos más codiciados por su gula. Evidentemente, el hombre había chupado el contenido de aquellos huesos, pues no había en ellos huellas de mordeduras de otros animales. Estercolín objetó que la acción de los dientes no se imprime necesariamente en los huesos. Había también algunos hechos por los que se infiere que el hombre tenía una vaga y rudimentaria idea del arte, pues encontramos ciertos objetos con inscripciones en lengua indescifrable, que decían: hachas de *silex*, cuchillos, pedernales, adornos de hueso del hombre primitivo.

“Al parecer, algunos de estos objetos eran armas sacadas de la piedra, y en cierto lugar apartado vimos otras en fabricación, con esta leyenda intraducible, escrita sobre un objeto delgado y frágil:

“Juanes: Si no quiere usted que se le despida del Museo, haga usted las armas del hombre primitivo con más delicadeza, pues las últimas fabricadas por usted no engañan ni a los profesores de la Universidad. Los animales que pintó usted en algunos de los Ornamentos de Hueso son una vergüenza para cualquier hombre prehistórico. –*M. H. Campos, Director*”.

“Al otro lado del cementerio había un montículo de cenizas, lo que indica la costumbre que tenía el hombre de celebrar fiestas en los funerales. ¿Cómo explicar si no la existencia de cenizas en tal sitio? También se demuestra que creía en Dios y en la inmortalidad del alma. ¿Podría de otro modo celebrar tales ritos?

“Resumiendo:

“I.- Sabemos que el hombre utilizaba un lenguaje escrito. Sabemos por observación directa que existió en algún momento de la historia, y que no es mítico.

“II.- Sabemos que fue contemporáneo del oso de las cavernas, del mastodonte y de otras especies ya extinguidas.

“III.- Sabemos que asaba y comía a esos animales, así como a los más jóvenes de su propia especie.

“IV.- Sabemos que usó armas muy rudimentarias y que tuvo algunas nociones de arte.

“V.- Sabemos que se creyó estar dotado de alma y que tuvo el capricho de considerar que era inmortal.

“Pero no caigamos en las bromas, pues bien pudiera haber otros seres para quienes nosotros y nuestras vanidades y profundidades tuvieran el mismo aspecto ridículo.”

## TERCERA PARTE

Cerca de la margen del gran río, los sabios descubrieron una piedra colosal en la que estaba escrito lo siguiente:

“En la primavera de 1847, el río salió de madre e inundó toda nuestra ciudad. La profundidad de las aguas era de unos 50 centímetros a un metro 50 centímetros. En la inundación se perdieron más de 900 cabezas de ganado mayor, y muchas personas quedaron sin hogar. El alcalde ordenó que se erigiera este monumento, para eterna memoria del calamitoso suceso. ¡Dios nos libre de una nueva catástrofe!”.

El profesor Lombricilla pudo traducir estos jeroglíficos después de emplear en su labor muchas de las más fecundas vigilias de aquella carrera gloriosa. Enviada al país la traducción de Lombricilla, produjo una enorme excitación entre sus conciudadanos, pues confirmó de un modo total ciertas antiguas tradiciones que el pueblo conservaba como un tesoro. Es verdad que en la traducción había dos o tres baches, pero éstas no quitaban su claridad al significado del breve documento. He aquí como la autorizó el eminente Lombricilla.

“Hace cien mil ochocientos cuarenta y siete años, los (¿fuegos?) descendieron y consumieron toda esta ciudad. Sólo se salvaron novecientas almas. Las demás fueron destruidas. El (¿Rey?) mandó que se levantase esta piedra para... (intraducible) impedir que se repita la catástrofe”.

Esta fue la primera traducción que pudo hacerse de los extraños jeroglíficos usados por la extinguida especie del hombre, con la plena seguridad de acierto, y subió tanto el renombre de Lombricilla que todos los Centros doctos de su patria nativa le confirieron los grados más distinguidos. Se creía comúnmente que si hubiera sido soldado y como tal hubiera consagrado su espléndido talento al exterminio de una remota tribu de reptiles, el Rey no habría tardado en otorgarle un título noble y en darle grandes riquezas. En la traducción del ilustre Lombricilla tuvo origen la famosa escuela llamada de Homologistas, creada especialmente para descifrar los antiguos textos dejados por el ave llamada hombre. (Últimamente se ha descubierto que el hombre era un ave y no reptil.) Pero a pesar de la fundación de aquella escuela, Lombricilla fue, y es aún, la autoridad indiscutible en esta materia, pues nadie ha logrado hacer traducciones tan exactas como las suyas. Los demás se equivocan; él, nunca. Se han encontrado muchos vestigios epigráficos de esta perdida raza; pero ninguno alcanza el renombre y la veneración de la *Piedra del Rey*, o sea de la *Piedra del Alcalde*, en la lengua del hombre.

Otro de los grandes hallazgos de la expedición científica, fue la de una gran masa plana de diez ranadas de diámetro y cinco o seis de altura. El profesor Caracolillo se puso los anteojos y examinó el contorno de aquel extraño objeto. Hecho esto, trepó a la cima y la inspeccionó. Después dijo:

-La perlustración y la percontación de esta protuberancia isoperimétrica, es la afirmación de que constituye una de las creaciones más extrañas y maravillosas de los constructores de montículos. El hecho de que ésta sea *lamelibranquiata* en su formación, le presta un interés mayor, por constituir tal vez una variedad diferente de todas las que encontramos en nuestros anales científicos, sin que el hecho impida la autenticidad del ejemplar. Si el aparato megalofónico del doctor Saltamontes emite un sonido agudo, acudirá el negligente Estercolín, y este operario circunferencial hará las excavaciones necesarias para que nuestro saber acumule nuevos tesoros.

A falta del Escarabajo, que no pudo ser encontrado, acudió una compañía de Hormigas. Nada se pudo hallar. Esto habría sido una verdadera desilusión para los sabios; pero el venerable duque de las Antenas dio la siguiente opinión:

- Tengo por seguro que la misteriosa y olvidada raza de los Constructores de Montículos no destinó siempre estos edificios para mausoleos, pues en tal caso hoy habríamos encontrado un esqueleto, como ha sucedido en otras ocasiones. Y habríamos encontrado también los rudimentarios utensilios de que se servían aquellos primitivos seres. ¿No es cosa evidente?

-Evidente, por supuesto – repitieron todos los notables.

-Si esto es así, nuestro descubrimiento tiene un carácter particular, y en vez de disminuir nuestros conocimientos sobre el Constructor de Montículos, el hecho viene a darles mayor importancia. La expedición cobrará lustre y fama por lo que se ha hecho en este montículo, y los sabios del mundo entero nos aplaudirán con fervor. La ausencia de huesos y cacharros en este montículo significa sólo que el Constructor no era un reptil ignorante y salvaje como se ha sostenido por todos los tratadistas, sino un ser culto y de una inteligencia muy evolucionada, no sólo capaz de apreciar los grandes y nobles hechos de los individuos de su especie, sino hasta de conmemorarlos. ¡Ilustres colegas, este montículo no es sepulcro, es un monumento!

La impresión fue profunda.

El silencio se interrumpió por una risa destemplada. Estercolín se presentó como en otras ocasiones.

-¿Un monumento? ¡Un monumento del Constructor de Montículos! Efectivamente, lo es. Lo es para el ojo sagaz de la Ciencia; pero un pobre diablo, un ignorante que jamás ha pisado las aulas, dice que no hay tal monumento, en el riguroso sentido de la palabra por lo menos, si bien posee ricas y muy nobles propiedades. Y, con permiso de su Gracia, voy a manufacturar esferitas de una monería y...

El escarabajo nuevamente interrumpido, fue arrojado a golpes, y sin pérdida de tiempo, los dibujantes de la expedición hicieron bocetos del monumento, situándose en todos los puntos favorables. En el entusiasmo de su celo científico, el profesor Lombricilla recorría el monumento en todos sentidos, con la esperanza de encontrar alguna inscripción. Pero si alguna vez la hubo, ha de haber sido arrancada por algún vándalo para llevársela como reliquia.

Hechos los bocetos, se procedió a cargar el monumento, colocándolo al efecto sobre los caparazones de cuatro grandes tortugas, pues se le había destinado al Museo Real. Cuando llegó a la Corte, fue recibido con pompa, y millares de personas lo acompañaban hasta que se lo colocó en un sitio privilegiado en dicho museo. Encabezaba la procesión el soberano Ránido XVI, y para dar más atractivo a la ceremonia, el rey consintió en ir sentado sobre el monumento desde las afueras de la ciudad hasta el museo.

Entretanto, los rigores de la estación aconsejaban a los sabios la suspensión de sus tareas, y empezaron a preparar el regreso a su Nación. Pero esto no impidió que aprovecharan el tiempo, y el último día de su estadía en las cavernas fue de los más provechosos. Efectivamente, uno de los sabios encontró en un rincón alejado del Cementerio, o Museo, el objeto más sorprendente que hasta entonces se hubiera visto. Era un hombre-ave de estructura especial, o más bien dos hombres-aves pegados el uno al otro por el pecho. Abajo estaba una inscripción intraducible, que decía: Los hermanos Siameses. El informe oficial que se rindió a las Academias, decía para terminar:

“Por lo anterior se infiere que hubo dos especies de este pavo majestuoso llamado hombre: una de ellas era simple, y la otra doble. La Naturaleza tiene razón en todo cuanto hace. El Ojo de la Ciencia ve claramente que el hombre doble habitaba en su origen regiones en donde abundaban los peligros. Así fue como por la ley de Supervivencia de los más aptos, el hombre vivía en parejas pegadas, a fin de que mientras uno de esos seres durmiera, el otro velara, y en el momento del posible peligro descubierto por el pavo que no dormía, los dos opusiesen sus fuerzas unidos para resistirlo. ¡Honremos a la Ciencia que, como Dios, no conoce misterios!”

Cerca del doble hombre-ave se encontró una historia, en múltiples hojas, de una sustancia delgada y blanca, que estaban encuadradas. El profesor Lombricilla descifró inmediatamente la siguiente frase, que pudo traducir sin el menor tropiezo, y que puso a la vista de sus colegas. Todos los que leyeron aquella frase fueron arrebatados por la más honda sorpresa y por el entusiasmo más delirante. La frase dice así:

“Muchos creen que los animales inferiores razonan y hablan entre sí.”

Cuando se dio a la luz el Informe Oficial de la Expedición, la anterior frase aparecía comentada en los términos siguientes:

“¡Y se dice en aquella historia que hay animales inferiores al hombre! Es inconfundible el significado de este notable pasaje. El hombre es una especie extinguida, pero bien puede ser que aún exista. En tal caso, ¿qué son y en dónde habitan esos extraños seres? El entusiasmo traspasa todos los límites cuando consideramos el campo notable de investigaciones y descubrimientos que se abre a la Ciencia. No terminaremos nuestra labor sin rogar humildemente a Vuestra Majestad que se nombre por el Gobierno una Comisión, para que ésta proceda a buscar los individuos supervivientes de una especie cuya existencia actual no se creía posible.”

Después de tan larga ausencia y de tan pacientes trabajos, la expedición volvió a la Corte, y el pueblo de toda la nación le hizo un recibimiento digno de ella. Las ovaciones se sucedían de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo.

No faltaron críticos, es cierto. Siempre los ha habido y no dejará de haberlos. Naturalmente, uno de ellos fue el desagradable escarabajo Estercolín. Contaba en los corrillos de gente vulgar que sus viajes le habían enseñado una sola cosa, y era que, con unas pocas suposiciones, la Ciencia construye una montaña de hechos demostrados, y que él, por su parte, se contentaría con el conocimiento que la Naturaleza imparte libremente a todas sus criaturas, sin atreverse a cuestionar los secretos de la Divinidad.

El presente libro ha sido digitalizado por la voluntaria Maria Haydee Escalada.

